

LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL

Alonso Aguilar Monteverde

La crisis actual del capitalismo es una de las más severas que el sistema ha sufrido en su historia. Desde hace diez años se multiplican los problemas de todo orden, y aunque a menudo se asegura que el fin del tunel está ya a la vista, lo cierto es que las dificultades persisten y que los hechos siguen imponiéndose a las previsiones más optimistas. La vigorosa recuperación que muchos esperaban tras la caída de 1974-75, está todavía por producirse, y aun en los países en que las tasas de crecimiento económico han sido relativamente más altas, persisten el desempleo, el rezago en la inversión privada, los desajustes comerciales y financieros y la inflación. Desde luego no faltan los economistas que, provistos de la nueva bola de cristal que suelen ser las computadoras, con una precisión digna de su ligereza y su pedantería anuncian que el producto nacional subirá, digamos, 4.270/o cuando en realidad desciende 20/o, o que los precios sólo aumentarán 3.50/o cuando suben 120/o¹.

1/ Véase, al respecto, la información de la Revista Fortune reproducida por Andre Gunder Frank en "Mainstream economists as astrologers", en U.S. Capitalism in crisis, The Union for radical political economics. New York, 1978, pp. 12-13.

Aun las modestas amas de casa, sin más conocimiento de la economía que el que les da el manejo de una quinena que cada vez rinde menos y con no otro equipo que una licuadora, y un poco de sentido común, suelen tener mayor capacidad de previsión que ciertos técnicos de costosas instituciones gubernamentales y privadas, cuyos sofisticados modelos econométricos parecen incapaces de advertir incluso las más graves contradicciones del capitalismo.

En el curso de la ya larga crisis de los últimos años, una y otra vez por ejemplo, se ha ofrecido a los países subdesarrollados que su suerte cambiaría y que la brecha que los separa de las potencias imperialistas comenzaría a cerrarse. En vez de inflación, desequilibrios financieros y de balanza de pagos, endeudamiento inabarcable y desempleo, tendrían por fin un desarrollo estable y una amplia cooperación.

Mas la verdad es que la crisis continúa, la brecha se amplía y el "Nuevo Orden Económico" brilla por su ausencia. Y cuando debiera supuestamente abrirse una etapa de rápido crecimiento, lo que se abre paso es la convicción de que 1978 será un año en que el producto nacional en los Estados Unidos solamente crecerá 4o/o, mientras los precios se elevan más de 7o/o y el desempleo supera al 6o/o. Incluso empieza a hablarse de que hacia fines de 1979 puede iniciarse un nuevo receso, acaso más profundo que el de 1974-76², y de que el intento del gobierno de Carter de estimular artificialmente la economía norteamericana, puede muy pronto resultar en un nuevo descenso de la tasa de ganancia, un fuerte déficit gubernamental, mayor inflación y un aumento de los tipos de interés que reduzca la liquidez de las empresas³. En cuanto a la posibilidad de un cambio en el sistema de relaciones internacionales, en vez de la respuesta afirmativa a las justas demandas de los países subdesarrollados, lo que parece tomar cuerpo es más bien la

2/ Véase: Thomas E. Mullaney, *The New York Times*, julio 6 de 1978.

3/ Véase: Rick Seltzer, "The development of the crisis in the United States", en *U.S. Capitalism in crisis. . .*, p. 44.

nueva estrategia trilateral con la que los poderosos intereses metropolitanos se empeñan en preservar el viejo orden de cosas.

En los últimos cinco años se ha hablado mucho de la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional. Para no pocos funcionarios y economistas gubernamentales, el NOEI es la condición para corregir los actuales desequilibrios y liberar a los países subdesarrollados al menos de las más pesadas cargas que la crisis les impone. Para otros, sin menoscabo de tal reajuste es preciso promover simultáneamente ciertas reformas internas que contribuyan a utilizar mejor el potencial productivo. Y, desde otra perspectiva no faltan quienes, lejos de ver el NOEI como la solución a los problemas del subdesarrollo, lo consideran un programa reformista indigno de apoyo y que en realidad exhibe la incapacidad de la burguesía para sortear los problemas del subdesarrollo.

Para evaluar el alcance de tal programa y ubicar las fuerzas que en torno a él se mueven conviene recordar sus principales antecedentes, así como el marco histórico en que surge.

Antecedentes del NOEI

La Segunda Guerra Mundial, como se sabe, hizo abrigar grandes esperanzas a los pueblos de los países atrasados. La derrota del fascismo se identificó a menudo con el triunfo de la democracia. La Carta del Atlántico, lanzada en medio del conflicto, abrió un horizonte de paz, prosperidad y cooperación internacional, y la victoria de 1945 se recibió en todas partes con explicable alegría. Pero cuando apenas empezaban a desmovilizarse los ejércitos, Churchill y Truman abrieron el frente de una nueva guerra: el de la "guerra fría" contra la Unión Soviética, contra el socialismo y en general contra todo movimiento popular que pusiera en peligro o incluso cuestionara el orden capitalista.

La nueva estrategia del imperialismo reclamaba mecanismos idóneos para ponerse en marcha. Entre los más importantes podrían recordarse:

1947 El Plan Marshall destinado a facilitar la rehabilitación

de Europa Occidental y concretamente de Alemania, y a impedir el avance de las fuerzas revolucionarias.

Las Conferencias de Ginebra y La Habana, para defender la vieja política de libertad comercial reclamada por los Estados Unidos, recuperar los mercados transitoriamente perdidos durante la guerra y consolidar su hegemonía.

El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca —más conocido como Pacto de Río—, mediante el cual los Estados Unidos, violando la Carta de las Naciones Unidas y la soberanía nacional de los países latinoamericanos, incorporaban a éstos a la guerra fría contra el “comunismo” y los convertían en aliados automáticos de la potencia del norte, en caso de un ataque armado.

1948 La creación de la OEA, como un nuevo vehículo para ejercer permanente presión económica y política sobre los gobiernos latinoamericanos y subordinarlos a la estrategia del imperialismo estadounidense.

1949 El Plan Truman cuyo fin fue sostener a los impopulares gobiernos de Grecia y Turquía, contener la lucha revolucionaria y facilitar la penetración del capital monopolista norteamericano (a través del llamado Punto IV de dicho Plan) en los países económicamente atrasados y especialmente en África, como supuestamente el mayor y más eficaz estímulo al desarrollo económico.

La creación de la OTAN, nueva fuerza militar que debía cerrar el paso al avance del socialismo en Europa.

1950 La intervención militar de los Estados Unidos en Corea, para impedir la inminente caída del gobierno de Rhee y el triunfo de la revolución en el sur del país.

1954 La negativa de los Estados Unidos a aceptar los acuerdos de Ginebra, y el inicio de la intervención militar que culminaría en la invasión norteamericana de Vietnam.

La intervención de los Estados Unidos en Guatemala

para derrocar al gobierno constitucional de Arbenz, y la reafirmación, en Caracas, de la estrategia para salvar al hemisferio del "comunismo internacional".

1959-62 La denuncia de los Estados Unidos de que la Revolución Cubana entrañaba un grave peligro para la seguridad hemisférica. En la VI Conferencia de Cancilleres se acusó a Cuba de ser instrumento del "comunismo internacional", al año siguiente se lanzó la agresión mercenaria de Playa Girón, y a principios de 1962, se la expulsó de la OEA por tener un régimen "totalitario", incompatible con las bases de la organización interamericana.

1961 Necesitando el imperialismo ofrecer una alternativa frente a la Revolución Cubana, el presidente Kennedy llamó a crear la "Alianza para el Progreso", que en esencia era una mezquina oferta de ayuda financiera y un programa reformista para América Latina; meses más tarde la Alianza se aprueba y el propio gobierno norteamericano propone, en la ONU, abrir la primera década del desarrollo⁴.

1964 Cuando se suponía que la Alianza estaba en marcha y que los viejos y más burdos métodos de dominación se habían abandonado, el avance de un movimiento democrático en la República Dominicana bastó para que el Pentágono hiciera desembarcar a millares de infantes de marina, "en defensa" de los inversionistas yanquis radicados en dicho país.

Frente a la estrategia reformista y anticomunista del imperialismo, los pueblos y aun algunos gobiernos de los

4/ *Certeramente, al aprobarse la ALPRO en la Conferencia de Punta del Este, el Comandante Ernesto Che Guevara expresa: "Esta Alianza para el Progreso es un intento de buscar solución dentro de los marcos del imperialismo económico. Nosotros consideramos que la Alianza para el Progreso, en estas condiciones, será un fracaso". Discurso en el CIES, agosto de 1961. Cit. por Oscar Pino Santos, en "La estrategia internacional y el segundo decenio de la ONU para el desarrollo". Economía y Desarrollo No. 40, La Habana, marzo-abril de 1977, p. 16.*

países del Tercer Mundo empiezan a reclamar cambios y a formular demandas concretas, se asocian en esfuerzos comunes y aun provocan rupturas revolucionarias que sin duda quebrantan y debilitan al viejo sistema.

En los años inmediatos posteriores a la terminación de la Segunda Guerra triunfan en Europa Oriental las democracias populares. En 1949 toman el poder los revolucionarios chinos, y poco después los coreanos. A partir de entonces, también, el recién creado Consejo Mundial de la Paz apoya los movimientos de liberación y las principales demandas que los países atrasados plantean a las potencias imperialistas. En 1950 se celebra en México la primera conferencia americana por la paz; en 1952 triunfa un movimiento revolucionario en Egipto y en 1954, el colonialismo francés es derrotado en Indochina y poco después en Argelia, y en el breve lapso de un cuarto de siglo se liberan 38 países en Africa, 17 en Asia y 4 en el Caribe, lo que hace un total de 59⁵.

Desde 1948, los gobiernos latinoamericanos, a través sobre todo de la CEPAL aunque también de la OEA y otros organismos solicitan tímidamente cooperación para acelerar el desarrollo. La caída de los precios después de la guerra de Corea, y el receso de 1953-54 y las devaluaciones monetarias de los años siguientes generalizan el descontento en América Latina y dan lugar a nuevas y justas reclamaciones. Hasta el triunfo de la revolución cubana, sin embargo, el gobierno norteamericano mantiene en esencia sus viejas posiciones, y sólo acepta revisarlas cuando el prestigio de la Revolución comienza a extenderse peligrosamente por todo el continente y la lucha de clases se intensifica en varios países, comenzando con desenlazar en otras revoluciones. A partir de ahí se debate largamente en torno a problemas financieros, comerciales y de cooperación técnica, y en 1964, con motivo de la Primera Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, varios países latinoamericanos se incorpo-

5/ Véase: Oscar Pino Santos. "Historia del nuevo orden económico internacional". Intervención en el Seminario sobre el nuevo orden económico internacional. Caracas, Venezuela, Octubre de 1977.

ran al llamado "Grupo de los 77", que más tarde se amplía y llega a agrupar a 110 naciones. En 1967 el grupo prepara la "Carta de Argel", cuyas principales posiciones en materia comercial, financiera y de transferencia tecnológica se adoptan en la II UNCTAD celebrada en Nueva Delhi en 1968. Dos años después, ahora con la activa participación de muchos países subdesarrollados, la Asamblea de la ONU aprueba el Segundo Decenio del Desarrollo y la llamada Estrategia Internacional del Desarrollo.

Con frecuencia se sugiere que la resolución que abrió el segundo decenio para el desarrollo fue muy similar a la que nueve años antes inauguró el primero, tendiéndose además a creer que en ambos casos tocó al gobierno norteamericano jugar el mismo rol. Lo cierto es que la resolución de 1961, inspirada directamente en la ALPRO, fue promovida y defendida por dicho gobierno, en tanto que la segunda, bajo una nueva y más favorable correlación de fuerzas, expresó en mucho mayor medida las aspiraciones de los pueblos del Tercer Mundo y algunas de sus contradicciones con el imperialismo⁶.

La Estrategia Internacional del Desarrollo y el Nuevo Orden Económico

Por ser antecedente muy importante del acuerdo de instaurar el NOEI, conviene recordar los principales aspectos de la resolución que, en la XXV asamblea de la ONU definió la estrategia internacional del desarrollo, así como las reacciones de los Estados Unidos ante ella.

La resolución establece que el éxito de tal estrategia y del nuevo decenio para el desarrollo depende en gran medida del mejoramiento de la situación internacional, y especialmente del desarme, bajo control eficaz, la eliminación del colonialismo y la discriminación racial, así como de la pro-

6/ "El texto de la resolución 1710 (XVI) de 1961 —escribe al respecto Oscar Pino Santos— tuvo su origen y fue producto de una acción antimperialista. El texto de la resolución 1626 (XXV) de 1970... , en cambio fue el resultado de la acción combativa y unida de los países subdesarrollados vis a vis la oposición determinante —pero en más de un aspecto derrotada— de las potencias imperialistas, incluidos los EE.UU." *Ibid.*, p. 28.

moción de la igualdad política, económica, social y cultural. El gobierno norteamericano objetó este párrafo y se opuso a su contenido.

El señalamiento de que “los gobiernos se comprometen a seguir políticas destinadas a crear un orden económico y social justo...”, fue también rechazado principalmente por el gobierno de los Estados Unidos, porque éste “...no puede aceptar el texto... del párrafo 19 y el... del párrafo 12, que estima lleva implícito un compromiso jurídico que en realidad no existe...”⁷.

El acuerdo de definir los principios generales de una política “capaz de garantizar precios estables y remunerativos para los productos básicos de exportación de los países subdesarrollados, con miras a aumentar sus ingresos en divisas”, fue asimismo objetado por los Estados Unidos e Inglaterra.

El acuerdo de remover el obstáculo que las barreras arancelarias y otras medidas de las naciones industriales entrañan para la exportación de los países subdesarrollados, concitó la inmediata y total desaprobación de las naciones capitalistas más desarrolladas. La propuesta de destinar el 10/o del producto nacional bruto de éstas al financiamiento de los países subdesarrollados no fue tampoco aprobada, y el punto que reafirma la soberanía de cada país sobre sus recursos naturales mereció significativas reservas de los Estados Unidos.

Los países socialistas, por el contrario, apoyaron en general la resolución, aunque no ocultando su desacuerdo en torno a la posición adoptada sobre las causas del atraso y las condiciones del desarrollo.

“Los círculos imperialistas —expresaron en una declaración conjunta dichos países— han seguido impidiendo por todos los medios la transformación progresiva de la economía en los países en desarrollo, lo que constituye el principal obstáculo en el camino del progreso socio—económico...”.

“Enteramente injusta es la política de sujetar al mun-

7/ Oscar Pino Santos, *Ibid.* p. 33.

do a cualquier forma de división de un 'norte rico' y un 'sur pobre' haciendo solidariamente responsables del atraso económico de los países en desarrollo a las potencias colonialistas que durante siglos han despojado a los pueblos de esos países y actualmente están en la posición neocolonialista, y a los países socialistas que no tienen parte en absoluto en la explotación colonialista ni neocolonialista y que tenazmente luchan por la liberación política y económica de los países en desarrollo"⁸.

El gobierno de Cuba, en particular, reiteró su convicción de que el desarrollo reclama "...la eliminación de las relaciones colonialistas y neocolonialistas... y la realización, en el marco de los países colonizados y neocolonizados, de cambios revolucionarios que produzcan verdaderas modificaciones de estructura. En definitiva —expresó— para que el Tercer Mundo alcance su desarrollo el imperialismo tendrá que ser derrotado"⁹.

A mediados de 1972, el debate continuó en la III Reunión de la UNCTAD, en Santiago de Chile. Una vez más se apoyaron ahí las quejas de los países subdesarrollados con motivo de la falta de cooperación financiera, comercial y tecnológica. Y aunque los desajustes de las balanzas de pagos y el endeudamiento eran cada vez mayores, en parte como expresión de la aguda crisis monetaria, de nuevo se cerró el paso a la posibilidad de avanzar al menos en la comprensión de los problemas fundamentales, como primera condición para resolverlos. Como en conferencias previas, siguieron postergándose las medidas concretas reiteradamente propuestas por algunos países subdesarrollados; persistió la tendencia a identificar a los países capitalistas avanzados y los socialistas, y pese a la curiosa posición norteamericana se-

8/ *De la declaración emitida por los países socialistas europeos.*

9/ *Declaración oficial del gobierno cubano, recogida en un Informe de Oscar Pino Santos, sobre la Estrategia Internacional y el Segundo decenio de las Naciones Unidas, para el desarrollo. Nueva York, noviembre de 1973.*

gún la cual hablar del imperialismo era repetir “cilissés” sin sentido y “perder el tiempo”, algunas delegaciones subrayaron la responsabilidad de éste en la determinación del atraso y combatieron la tendencia a identificarlo con el socialismo.

“Son los grandes países capitalistas... y, especialmente, los que se han enriquecido con la explotación... de los países subdesarrollados —expresó, por ejemplo, el entonces canciller cubano Raúl Roa—, los que tienen la máxima responsabilidad histórica de la trágica depauperación y el saqueo del Tercer Mundo...; a los países socialistas desarrollados no les toca responsabilidad alguna en este secular proceso de succión del trabajo y la riqueza ajenos...”¹⁰.

“La única vía efectiva y rápida para salir del atraso y la dependencia —subrayó a su vez el embajador Carlos Lechuga, miembro también de la delegación cubana— es la revolucionaria, enderezada al derrocamiento de la dominación imperialista y de las clases sociales nativas en que se sustenta”¹¹.

Pero el imperialismo y la oligarquía chilena se preparaban ya para frustrar la vía revolucionaria, y sin el menor respeto a la legalidad burguesa, poco tiempo después derrocarían al gobierno constitucional y progresista del presidente Sallende en Chile e impondrían por la fuerza el régimen fascista de Pinochet.

En mayo de 1974, en el sexto período extraordinario de sesiones de la ONU, se aprobaron finalmente una Declaración y el programa de acción para poner en marcha el Nuevo Orden Económico Internacional, así como la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. La Declaración hizo notar que “el actual orden económico internacional está en contradicción directa con la evolución de

10/ Cit. por el autor de estas páginas en “Más deudas, menos recursos para financiar el desarrollo”, *Problemas del Desarrollo*, No. 12, agosto-octubre de 1972, p. 9.

11/ *Ibid.*, p. 10.

las relaciones políticas y económicas internacionales...”; reiteró que los países subdesarrollados han sido los más afectados por la actual crisis y fincó el “nuevo orden” en los principios siguientes:

- Igualdad soberana de los pueblos, libres determinación y no intervención;
- Cooperación internacional equitativa, de preferencia a los países más atrasados;
- Participación de los países subdesarrollados en la solución de los problemas económicos mundiales;
- Derecho de cada país a adoptar el sistema social que prefiera;
- Derecho de cada Estado al uso, salvaguarda, control y nacionalización de los recursos naturales y las actividades económicas;
- Derecho de los pueblos colonizados y ocupados por otros, a la restitución de sus recursos y la indemnización por su agotamiento y deterioro; y a la liberación nacional;
- Derecho a reglamentar y supervisar la actividad de las empresas transnacionales;
- Establecimiento de relaciones de intercambio comercial equitativas;
- Asistencia técnica a los países en desarrollo, sin condiciones políticas ni militares;
- Mejoramiento de la posición competitiva de los productos naturales frente a los sintéticos;
- Creciente transferencia de recursos financieros y tecnológicos a los países en desarrollo; y creación de la tecnología que más convenga a éstos;
- Fin al despilfarro de los recursos naturales;
- Movilización del potencial productivo para fomentar el desarrollo.

PAPEL DE LOS PAISES NO ALINEADOS Y DEL MOVIMIENTO ANTIMPERIALISTA

Los principios anteriores y las medidas propuestas para hacer realidad el NOEI no surgieron solamente de los debates efectuados en diversos organismos de la ONU. El Movimiento de Países no Alineados (MPNA), el movimiento de liberación, en general, y los países socialistas, desde otros foros jugaron sin duda un papel muy importante, y a partir de entonces han tomado la iniciativa en la defensa de ciertas reivindicaciones.

En 1955, Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán convocaron a la Conferencia Afroasiática de Bandung, en la que participaron 29 naciones. En ella se propusieron medidas para promover el desarrollo que años más tarde serían formalmente aceptadas; se subrayó la necesidad de una genuina cooperación internacional, basada en el estricto respeto a la soberanía y el derecho de autodeterminación de los pueblos; se censuró el colonialismo y el armamentismo y se destacó la importancia de mantener la paz como una de las condiciones del progreso.

En 1958 se realizó en Accra, Ghana, la Primera Conferencia de todos los pueblos de Africa, de las que surgiría la estrategia de la unidad africana.

En marzo de 1961, con la Cooperación del Consejo Mundial de la Paz y coincidiendo con el llamado de Kennedy a crear la "Alianza para el Progreso", se celebró en México la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Independencia Económica y la Paz, y en el mensaje del general Lázaro Cárdenas al clausurarse la reunión se dijo:

"La nueva etapa de la liberación ha comenzado en América Latina. . . Debemos poner fin al estado de dependencia que hoy nos caracteriza. . . La fuerza fundamental que bloquea el desarrollo de Latinoamérica es el imperialismo norteamericano. Su estrecha alianza con las oligarquías nacionales, los efectos ruinosos de su penetración económica y cultural lo señalan como la causa principal del atraso. . . La

derrota del imperialismo es la condición fundamental de cualquier plan de desarrollo de nuestros países. . .”¹²

Unos meses más tarde, en Belgrado, con la participación de 25 países “no alienados” y tres observadores, se realizó la conferencia que daría origen al MPNA, señalándose una vez más que a fin de que el tránsito hacia nuevas formas de organización social no derivara en graves conflictos e incluso en una nueva conflagración universal, era necesario “erradicar al colonialismo en todas sus manifestaciones y aceptar y practicar una política de coexistencia pacífica. . .”¹³

A principios de 1962, en el momento en que el imperialismo norteamericano y los gobiernos latinoamericanos representados en la OEA se disponían a expulsar arbitrariamente a Cuba de la organización, el pueblo cubano respondía a sus agresores desde una gigantesca manifestación con la Segunda Declaración de La Habana:

“ . . . Una gran batalla ideológica entre la Revolución Cubana y el imperialismo yanqui se libró en Punta del Este. . . Cuba del lado del pueblo; los Estados Unidos en favor de los monopolios. Cuba habló por las masas explotadas; los Estados Unidos por los intereses oligárquicos. . . Cuba por el pan; los Estados Unidos por el hambre. Cuba por la igualdad; los Estados Unidos por el privilegio. . . Cuba por el futuro; los Estados Unidos por un pasado sin esperanza. . . Cuba por el socialismo; los Estados Unidos por el capitalismo. . .”¹⁴

En 1964 se reunieron por segunda vez los jefes de Estado de los países no alineados, ahora 48 de ellos y 10 observadores, en El Cairo. Pese a la mejoría en la situación internacional, en la resolución principal se señaló que “. . . las fuerzas del impe-

12/ *Documento de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación económica y la Paz, México, 1961.*

13/ *Non aligned conferences: basic documents, 1961-1975. Colombo, Sri-Lanka, 1976, p. 11.*

14/ *Segunda Declaración de La Habana.*

rialismo son aún poderosas y no vacilan en recurrir al empleo de la fuerza para defender sus intereses y preservar sus privilegios. . . 'El imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo constituyen una fuente básica de tensión y conflictos internacionales porque amenazan la paz y la seguridad.' 'El imperialismo se vale de muchos medios para imponer su voluntad sobre nacionales independientes: la presión y la dominación económica, la discriminación racial, la subversión, la intervención y la amenaza de la fuerza son expedientes neocolonialistas. . .'"¹⁵ Concretamente se propuso dar inmediata ayuda económica y militar a los pueblos de las colonias portuguesas en Africa, en lucha por su independencia; y en cuanto al desarrollo económico, se recomendó llevar adelante los acuerdos de la I Reunión de la UNCTAD, modificar la división internacional del trabajo en favor de los países subdesarrollados, eliminar las medidas discriminatorias, ampliar y mejorar los programas de financiamiento internacional, estabilizar y extender el mercado de los productos primarios y facilitar su acceso a los países industriales.

Mientras el MPNA lograba sus primeros avances, en enero de 1966 tuvo lugar en Cuba la Primera Conferencia Tricontinental de los pueblos de Africa, Asia y América Latina, la que por su mayor militancia contribuyó sin duda a reafirmar y llevar adelante el ideario emancipador y a avanzar en el trazo de lo que años después se convertiría en la exigencia de un nuevo orden económico internacional. En la Resolución Económica de dicha Conferencia se pidió eliminar la explotación del hombre por el hombre, hasta llegar al socialismo, de acuerdo con las condiciones propias de cada país; se reafirmó la necesidad de combatir y derrocar al imperialismo; se reivindicó el derecho de los pueblos a obtener mejores precios por sus productos; a disponer de sus recursos, a nacionalizar las actividades fundamentales y a planificar el desarrollo; y se subrayó la im-

15/ *Ibid.*, pp. 21-22.

portancia de descansar en las fuerzas propias y en una genuina cooperación internacional.¹⁶

En agosto de 1967, en el marco establecido por la Conferencia Tricontinental, la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, estableció:

“La explotación imperialista y colonial es la causa del atraso, el estancamiento y la deformación de la economía de América Latina. Para la erradicación del subdesarrollo y la liberación de millones de seres humanos. . . es esencial que esa explotación sea eliminada. . .

Una verdadera integración latinoamericana es posible sólo a través de una nueva y revolucionaria división internacional del trabajo. . .

La burguesía latinoamericana no puede dirigir la lucha por la emancipación. . . Está al servicio del imperialismo. Sólo las masas populares unidas y organizadas son capaces de romper las caducas estructuras que impiden el desarrollo. . .”¹⁷

La tercera reunión de jefes de Estado del MPNA, celebrada en Lusaka, en septiembre de 1970, reafirmó los principios de las dos primeras. Subrayó el inquietante rezago de los países “en desarrollo” y calificó de “necesidad imperativa” la democratización de las relaciones internacionales y el rompimiento del monopolio “ejercido por las grandes potencias” en los asuntos mundiales. En materia económica, elevó al más alto rango el principio de descansar fundamentalmente en el esfuerzo propio —*self reliance*—, promover el desarrollo socio-económico interno, utilizar mejor los recursos disponibles, impulsar el desarrollo tecnológico, científico y cultural, llevar a cabo ciertas reformas sociales y lograr una organización más eficien-

16/ *Resoluciones de la Primera Conferencia Tricontinental. La Habana, 1966. pp. 45-48.*

17/ *Resoluciones de la primera reunión de la OLAS. La Habana, agosto de 1967.*

te y una verdadera y equitativa interdependencia con los demás países.

La Declaración de Georgetown, de 1972, avanzó en aspectos más concretos y prácticos; actualizó el examen de la situación internacional y ratificó el apoyo a los pueblos que, a menudo en condiciones críticas —como las de Vietnam, la Unión Sudafricana, Zimbawe, Namibia y otras— luchaban contra el imperialismo y el racismo. Pero más importante fue la IV reunión de jefes de Estado, realizada en septiembre de 1973 en Argel, en la que por primera vez se señaló formalmente la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional. En los documentos de esta reunión, se reconoció la creciente cercanía entre los movimientos de liberación nacional y los de liberación social; se denunció enérgicamente la política norteamericana en Indochina, el nuevo rol de la OTAN contra la lucha de algunos pueblos africanos por su emancipación y el hecho lamentable de que, entrada ya la segunda década del desarrollo de la ONU, los problemas de los países atrasados se agravaban y sus desequilibrios se profundizaban, sin que la Estrategia Internacional del Desarrollo se pusiera en práctica eficazmente.

Una vez más se reiteraron en Argel las demandas de un comercio internacional equitativo, fácil acceso a los productos procedentes de los países subdesarrollados, reorganización del sistema monetario internacional con la participación de dichos países, respeto a la soberanía nacional, eliminación de medidas restrictivas perjudiciales para los países de menor desarrollo, acciones defensivas conjuntas contra las empresas transnacionales, menos onerosa transferencia de tecnología, y cooperación económica, científica y cultural con los países socialistas.

Los jefes de Estado de los países no alienados expresaron que “. . . el imperialismo sigue siendo el más grande obstáculo para la emancipación y el progreso de los países en desarrollo. . . El imperialismo no sólo obstruye el progreso económico y social. . . sino que adopta una actitud agresiva hacia aquellos que se oponen a sus planes, y trata de imponerles estructuras económicas, políticas y sociales que refuerzan la dominación extranjera, la dependencia y el neocolonialismo”.

Según la propia declaración, “los países no alienados resisten eficazmente a la agresión imperialista, y se convierten así en una fuerza significativa en la lucha mundial contra el imperialismo.”¹⁸

Particularmente lúcida y oportuna fue la intervención del comandante Fidel Castro en Argel:

“Aunque las cuestiones económicas relacionadas con los intereses de los países que representamos cobran justificada y necesaria fuerza —dijo—, los criterios políticos que sustentamos son y serán factor fundamental de nuestra actividad.

En este terreno político se ha observado, durante los meses de preparación de esta Conferencia, e indudablemente en detrimento de nuestra causa y con utilidad sólo para los intereses del imperialismo, la tendencia preocupante de enfrentar a los países no alineados con el campo socialista.”

“... No es posible cambiar la realidad con expresiones equívocas. ...

Todo intento de enfrentar a los países no alineados con el campo socialista es profundamente contrarrevolucionario y beneficia única y exclusivamente a los intereses imperialistas. Inventar un falso enemigo sólo puede tener un propósito: rehuir al enemigo verdadero.

El éxito y el porvenir del movimiento no alineado estará en no dejarse penetrar, confundir ni engañar por la ideología imperialista”.¹⁹

En febrero y marzo de 1975, cuando la crisis capitalista golpeaba especialmente a los países subdesarrollados, el MPNA celebró dos reuniones en Dakar y La Habana, respectivamente: la primera sobre materias primas y la segunda para examinar la

18/ *Non-aligned conferences. . . p. 98.*

19/ *Bohemia. La Habana, septiembre 14 de 1973.*

situación internacional y el avance en la ejecución de los acuerdos de la Conferencia de Argel y otros aspectos de la actividad del Movimiento. En la Declaración de Dakar se recordó el curso desfavorable de los acontecimientos y la ausencia de soluciones a los graves problemas de los países subdesarrollados así como la responsabilidad del imperialismo en la crisis y en la defectuosa e injusta estructura del comercio internacional, conviniéndose en que, para enfrentarse a tal situación los países "en desarrollo" debían defender y utilizar sus recursos naturales, cerrar filas para fortalecer su poder de negociación, tomar medidas para evitar el intercambio desigual, el deterioro de los términos de comercio y el drenaje de fondos hacia los países imperialistas; contrarrestar la inflación y la especulación monopolista de las empresas transnacionales, diversificar su intercambio y modificar la composición de sus exportaciones en busca de mayores y más estables ingresos de divisas.

Simultáneamente, sin embargo, se dió la impresión de confiar en la posibilidad de un nuevo orden económico internacional, tan sólo si los países subdesarrollados procesaban sus materias primas en sus propios territorios, y en actitud no menos optimista se atribuyó a dichos países una "tendencia general. . . a movilizar y explotar más racionalmente sus recursos naturales" que les permitiría avanzar "hacia la completa erradicación de la dependencia del imperialismo", el desarrollo económico, el mejoramiento del nivel de vida, la afirmación de su soberanía y la implantación de un nuevo orden económico internacional.

Y si bien, tal proceso se desenvuelve sin duda en los países que han hecho la revolución y optado por el socialismo, en las naciones capitalistas, la crisis que expresa las cada vez más graves contradicciones del sistema contribuye a la vez a intensificar su irracionalidad y a desperdiciar buena parte del potencial de desarrollo.

La Declaración de La Habana atribuyó al imperialismo la actual crisis, al preservar las estructuras coloniales y neocoloniales de explotación que permiten a "sus sociedades de consumo" vivir en medio del lujo y la abundancia a costa de la mi-

sería de gran parte de la humanidad, y desperdiciar enormes recursos en aventuras bélicas con el sólo propósito de mantener sus privilegios. Como acaso en ningún documento previo, se censuró la política de explotación, agresión y aun subversión y provocación del imperialismo y se dejó clara constancia del respaldo y la disposición de ayudar con la mayor eficacia a los pueblos que luchan por su liberación. El MPNA, que hasta entonces había tenido un alcance fundamentalmente afroasiático, incorporó a Latinoamérica como "parte integrante y vital" del esfuerzo por eliminar un sistema de relaciones internacionales basado en la opresión y la explotación. El Movimiento expresó su abierta solidaridad con Cuba, su simpatía hacia varios gobiernos y proyectos progresistas, su apoyo a los intentos de una integración genuinamente latinoamericana y antimperialista, y su confianza de que la creciente participación de Latinoamérica fortalecería grandemente el MPNA.

En materia económica, se subrayó que la firme posición de varios países industriales seguía siendo el principal obstáculo a la ejecución de los acuerdos de la Sexta Asamblea Especial de la ONU, y que la crisis se había agravado gracias al carácter de las economías y la política de dichos países, no obstante su empeño de hacer responsables a las naciones subdesarrolladas y de dejar caer sobre éstas las cargas más pesadas. El interés en ayudar a las empresas transnacionales, que pese a la crisis siguen obteniendo enormes ganancias, contribuye sin duda a impedir la adopción de una política de precios equitativa, suprimir restricciones, hacer fluir el financiamiento y la tecnología en mejores condiciones y sustituir el gasto improductivo y aun destructivo, por una aplicación mínimamente racional.

El objeto principal de la Conferencia de Lima, celebrada también en 1975, fue formular un programa de ayuda mutua y solidaridad y avanzar en el trazo de una estrategia que pudiese ofrecer una alternativa frente a la política imperialista. La Conferencia hizo notar que si bien entraña un progreso de las grandes potencias capitalistas reconozcan el derecho de los pueblos a darse los sistemas políticos, económicos y sociales que prefieran, y a disponer libremente de sus recursos en ejercicio de su

soberanía, y aun cuando, por otra parte, el MPNA ha contribuido a cuestionar la actual estructura de relaciones internacionales, los países imperialistas siguen oponiéndose sistemáticamente al Nuevo Orden que cada vez más pueblos reclaman, y manteniendo los sistemas de explotación que les aseguran los privilegios de que disfrutan. Todavía más “. . . la persistencia de esta estructura de dominación imperialista. . . ha transferido el impacto de la crisis económica de los países capitalistas a las naciones en desarrollo. . .”²⁰ Y aunque la responsabilidad de la crisis recae sobre “las sociedades opulentas caracterizadas por la concentración monopolista y el uso irracional de la tecnología y los recursos naturales. . .”, éstas la imputan a la decisión de los países en desarrollo de recuperar sus recursos naturales y obtener mejores precios para sus materias primas.²¹

El MPNA denunció en Lima, como antes en otros lugares, la intransigencia de los grandes países que controlan el comercio y el sistema monetario internacional, y que incluso en tratándose de aquellas cuestiones que aceptan formalmente y de palabra, en la práctica obstruyen y aun rechazan, sin importarles el daño que causan a los países subdesarrollados. Tal es el caso de la renuencia a contribuir a aliviar los desajustes de balanza de pagos, el desorden monetario, las restricciones comerciales y sobre todo las barreras a la exportación de manufacturas, así como la negativa a facilitar la transferencia de recursos financieros y técnicos y a democratizar el manejo de las instituciones internacionales.

La Conferencia de Lima dejó ver, además, que los países no alineados no se hacen ilusiones respecto al NOEI.

“Comprendiendo que la lucha para establecer el Nuevo Orden Económico Internacional es ardua, compleja y larga: que es una lucha por la segunda liberación debido a la enconada oposición de los imperialistas y a su cerrada defensa de sus posiciones de privilegio que no abandonarán voluntariamente; concientes, por lo tanto, de que la ayuda internacional conforme a las concepciones en boga contribu-

20/ *Non aligned conferences. . . p. 154.*

21/ *Ibid., p. 154.*

ye en muchos casos a reforzar la estructura de dominación internacional, los Ministros de Relaciones Exteriores reafirman la urgente necesidad de conjugar esfuerzos para que los países no alineados movilicen todas sus energías para consolidar su cohesión y su unidad, su cooperación y ayuda mutua. . . para fortalecer el frente común de lucha contra el imperialismo a fin de asegurar la total independencia de sus pueblos. . .”, como “prerrequisito del desarrollo”.^{2 2}

La nueva estrategia y la estructura de cooperación económica internacional, en vez de desenvolverse en el marco de un sistema de dominación imperialista, debieran corresponder a los principios ya aprobados del NOEI, expresarse en nuevas formas de cooperación y ayuda mutua que se traduzcan en la aceleración del desarrollo, una diferente división internacional del trabajo, una verdadera interdependencia, y no en la asfixiante dependencia que actualmente sufren los países subdesarrollados. Conforme a tales principios y propósitos, los países no alineados crearon el Fondo de Solidaridad para el Desarrollo Económico y Social, como una medida concreta para ofrecer ayuda financiera a las naciones más necesitadas.

La reunión “en la cumbre” de Colombo, Sri Lanka, en agosto de 1976, significó un nuevo avance en el desarrollo del Movimiento de países no alineados, tanto en el trazo de la estrategia que empezó a resquebrajarse en Argel, tres años atrás, como por lo que atañe a la crítica al sistema imperante de relaciones internacionales y a la búsqueda de nuevos y más eficaces mecanismos de defensa, cooperación y acción conjunta. Acaso como nunca antes se fortaleció el propósito de la acción colectiva, reafirmandose la necesidad de unificarse en la defensa de intereses comunes, creando para tal fin los mecanismos adecuados. Y si bien en las alusiones a la “crisis del sistema económico mundial” y a los “países desarrollados” y “en desarrollo” siguió presente la misma ambigüedad de documentos previos, en otros señalamientos se fue más preciso y justo.

“. . . Es cada vez más evidente que el sistema actual —se dijo por ejemplo en la Declaración Económica— no puede

asegurar el desenvolvimiento de los países en desarrollo ni acelerar la eliminación de . . . los males sociales engendrados por siglos de dominación y explotación. La instauración del Nuevo Orden Económico Internacional es, pues, de suma importancia política. . . La tarea primordial de los países no alineados y de los otros países en desarrollo es vencer la resistencia con que se tropieza en la lucha por el nuevo orden. La eliminación. . . del imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo y de todas las demás formas de dependencia y subyugación, injerencia en los asuntos internos, dominación y explotación, es de importancia decisiva. . . ”²³

“ . . . La insuficiencia y el repetido fracaso del actual orden económico se ha demostrado en la reciente serie de crisis en los países desarrollados de economía de mercado, entre las que figuran el hundimiento del sistema monetario de la postguerra, la aparición de políticas restrictivas y proteccionistas. . . , la inflación y la recesión en constante aumento, el creciente desempleo y los niveles continuamente decrecientes por la exportación de productos básicos. . . , y la crisis alimentaria. . . El establecimiento del NOEI requiere indicativas audaces, pide soluciones nuevas, concretas y globales y es contrario a reformas fragmentarias e improvisaciones que apunten a resolver las dificultades económicas actuales. . . ”²⁴

“Hasta ahora —expresaron los jefes de Estado reunidos en Colombo— se han adoptado ya no pocas resoluciones respecto a ese nuevo orden. “Sin embargo, no hay indicaciones de que se hayan puesto en práctica. A pesar de que los principios de NOEI son cada vez más aceptados, los progresos logrados en su aplicación son insignificantes. . . ”²⁵

23/ *Documentos de la V Conferencia Cumbre del MPNA. (Declaración Económica), Sri Lanka, 1976.*

24/ *Ibid.*

25/ *Ibid.*

En efecto, aún después del receso de 1974-76, la situación comercial y financiera de los países subdesarrollados no mejoró apreciablemente. Salvo en el caso de los combustibles, los precios de los productos primarios bajaron y la relación de intercambio siguió deteriorándose. Las balanzas de pagos arrojaron mayores saldos desfavorables, la estructura del comercio siguió siendo fundamentalmente la misma y los acuerdos comerciales multilaterales continuaron tropezando con no pocos obstáculos, por lo que no es extraño que el MPNA declarara que “la UNCTAD IV no ha logrado satisfacer las aspiraciones de los países no alineados y de otros países en desarrollo. . .”

En cuanto a los problemas financieros las cosas tampoco mejoran. Los crecientes déficits en la cuenta corriente de la balanza de pagos tienden a financiarse principalmente con mayor endeudamiento, el que en menos de una década pasó de alrededor de 40 mil a más de 220 mil millones de dólares, llegando el sólo servicio de la deuda a absorber sumas enormes. Entretanto, lejos de que la afluencia neta de recursos financieros de los países de mayor desarrollo hacia las naciones económicamente atrasadas se incremente con celeridad, tanto en sumas globales como en lo que hace a financiamientos estatales, el movimiento de fondos sigue bien atrás de las proporciones convenidas al iniciarse el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el desarrollo. Y como buena parte de los escasos recursos disponibles procede de organismos internacionales como el FMI y de consorcios transnacionales, su influencia a menudo decisiva en la estrategia del desarrollo acentuó inclusive las más graves deformaciones estructurales de las economías subdesarrolladas.

La reunión de Colombo insistió en la necesidad de depender primordialmente de los recursos propios —*collective self-reliance*— y planteó a la vez la posibilidad de destinar al desarrollo las sumas que pudieran liberarse a través del desarme, no ocultando su desánimo respecto a la situación prevaleciente. Tras señalar que el déficit de balanza de pagos de los países en desarrollo, que en 1973 fue de poco más de 12 mil millones de dólares, podría llegar a 112 mil millones de 1980, subrayó que ésto “no es el producto de factores coyunturales, sino el refle-

jo de la crisis estructural que caracteriza a las presentes relaciones económicas originadas en la política colonial y neocolonial del imperialismo”.²⁶

Especialmente enérgica fue la crítica hecha al sistema monetario internacional, que fundamentalmente busca, sobre todo hasta la crisis que se inicia con la devaluación de la libra, en 1967, fortalecer el dólar y consolidar la hegemonía norteamericana.

La Conferencia de Colombo rompió, en definitiva, con el régimen de Bretton Woods, al que caracterizó por

“... la falta de un sistema racional, justo y universal, las fluctuaciones caóticas de las monedas, el crecimiento desordenado de la liquidez internacional, la inflación general, la falta de adaptación a las necesidades de los países en desarrollo y la preponderancia de algunos países desarrollados en la adopción de decisiones”.²⁷

Y las críticas no son privativas del movimiento de países no alineados. Inclusive en la CEPAL, su secretario ejecutivo, en un tono comedido y cauteloso señaló ante la IV reunión de la UNCTAD, en Nairobi, en 1976, que el panorama internacional seguía siendo desalentador.

“Para encarar en forma definitiva el viejo problema de... los ingresos de exportación —expresó— se necesitan enfoques nuevos que mejoren los escasos avances realizados hasta la fecha. . .” no puede esperarse que las fuerzas del mercado puedan por sí solas, crear los correctivos para resolver el problema. . .”

El funcionario denunció el “recrudescimiento de tendencias proteccionistas que creíamos superadas. . .”; advirtió que las reformas al sistema monetario “acentúan. . . los problemas de la mala distribución de la liquidez internacional; llamó la atención sobre el descenso relativo de los financiamientos gubernamentales de origen externo y no ocultó su inquietud ante el desmedido aumento de las deudas exteriores.

26/ *Ibid.*

27/ *Declaración Económica de la Conferencia de Colombo.*

“La brecha entre los países desarrollados y subdesarrollados —concluyó— no se ha achicado con el funcionamiento del viejo orden económico internacional. . .” Tampoco ha podido “. . . evitar la aguda crisis de las relaciones económicas internacionales de los últimos años. . .”

Y al recomendar la “democratización” de las instituciones internacionales, afirmó:

“. . . la puesta en marcha de un nuevo sistema de relaciones económicas internacionales debe corresponder con los estilos internos. . . de los países en vías de desarrollo. No habrá una efectiva justicia distributiva internacional sin un correspondiente avance en la justicia distributiva interna. . .”²⁸

En abril del año en curso, los problemas del desarrollo y la cooperación internacional volvieron a plantearse, esta vez en Libia, bajo el patrocinio del gobierno de ese país y el Consejo Mundial de la Paz. Dos años antes tuvo lugar en Budapest una conferencia similar; pero la de Trípoli fue acaso más reveladora de la conciencia cada vez más clara de la necesidad de unirse en la lucha contra el imperialismo y de que el nuevo orden debe suponer un nuevo sistema social.

Al abrirse la reunión, por ejemplo, el Jefe del Estado Mayor, Jalloud, expresó:

“La batalla que libran los pueblos del Tercer Mundo en busca de su liberación económica es más dura que la librada por la liberación política. Esto se debe a que el sistema capitalista está plagado de defectos. . . Muy pronto todo el mundo. . . descubrirá que el sistema capitalista es anacrónico. . .

. . . Si los países del Tercer Mundo tuvieran la opción, sin lugar a dudas escogerían el sistema socialista, pues sólo el sistema planificado les permite la movilización de los recursos y su empleo. . . en beneficio de todo el pueblo.

El nuevo orden económico internacional debe permitir a

28/ *Exposición del Secretario Ejecutivo de la CEPAL, en el Cuarto Período de sesiones de la UNCTAD. CEPAL, mayo de 1978.*

los países la explotación de sus propios recursos en su propio interés. . .”²⁹

La Declaración de la Conferencia, por su parte, recordó que las negociaciones a través de la ONU y sobre todo el Diálogo Norte-Sur han fracasado incluso en el intento de obtener al menos la comprensión de los países imperialistas, y el Llamamiento a los Pueblos estableció:

“Los pueblos del mundo deben desplegar una lucha enérgica contra el imperialismo y sus corporaciones transnacionales que saquean a los países en desarrollo. . .

. . . Deben intensificar sus luchas por el establecimiento de un nuevo orden económico internacional. . . los países socialistas constituyen aliados naturales de todas las fuerzas antimperialistas y de las que se pronuncian por el socialismo.

. . . La independencia económica verdadera puede alcanzarse sólo a través de un proceso de transformaciones socioeconómicas internas fundamentales, de la planificación nacional y del libre acceso a los conocimientos científicos y técnicos”.³⁰

En las Resoluciones, finalmente se subrayó:

“La vía capitalista de desarrollo genera crisis económicas agudas, inflación y distribución injusta de la riqueza. . .”

El proceso de desarrollo. . . está inseparablemente ligado con una democracia que asegure el poder y la riqueza en manos del pueblo y la defensa de sus logros socialistas. . .”³¹

En resumen, en la Conferencia de Trípoli se hizo notar que la política de “puertas abiertas” sólo conduce a acentuar la dependencia y a facilitar el saqueo de los países subdesarrollados; se denunció a los monopolios nacionales, que resultan del desa-

29/ Consejo Mundial de la Paz. Conferencia Mundial sobre la senda hacia el desarrollo y la cooperación internacional. Helsinki, 1978, p. 12, 13 y 16.

30/ Ibid., p. 25.

31/ Ibid., p. 31.

rrollo capitalista, que se relacionan a menudo estrechamente con el capital transnacional y amenazan también la independencia; se censuraron las prácticas de los monopolios internacionales y se reiteró la necesidad de avanzar en la ejecución de "una política de 'autosuficiencia', por medio de la movilización de todos los recursos naturales, humanos y políticos. . ." de los países en desarrollo.

En los días en que se redacta este texto, se reúnen en Belgrado los cancilleres de los países no alineados. Y a juzgar por las primeras informaciones de la prensa, si bien se reiteran las demandas planteadas en los últimos años, acaso por primera vez afloran tan serias discrepancias entre algunos de los participantes. Varios países, influidos por una campaña previa del gobierno norteamericano que incluso fue oportunamente denunciada por Cuba, acusan a ésta de no ser un país no alineado y de intervenir indebidamente en los asuntos africanos. Cuba responde que no forma parte de ningún pacto militar, que su no alineación no puede significar la contemporalización con el imperialismo, del que lo demás sigue siendo víctima, y que su ayuda a Angola y su presencia del lado de la revolución etíope es una expresión de solidaridad que no riñe, sino antes corresponde estrictamente a los principios proclamados por el MPNA.

Mas lo cierto es que el avance de la revolución africana parece ser el hecho decisivo que intranquiliza a ciertos Estados, que si bien hasta ahora participaron de las posiciones antimperialistas del MPNA, ante contradicciones más intensas y un antimperialismo militante que se funde con la revolución y la lucha por el socialismo, claramente parecen demostrar que sus compromisos no llegan tan lejos, que su idea sobre la cooperación internacional no corresponde al internacionalismo proletario y que su inconformidad con el actual sistema de relaciones internacionales no significa el rechazo del capitalismo.

Evaluación del Programa del NOEI

Con los elementos anteriores podemos intentar una más objetiva evaluación de los alcances del NOEI y de las diversas

organizaciones y fuerzas políticas que lo defienden.

Acaso la más convencional posición frente al problema es la de muchos de los países capitalistas subdesarrollados, pocos de ellos afiliados al MPNA y muchos más al "grupo de los 77", o que actúan a través de diversos organismos de la ONU. Lo característico de ella parece ser la confianza en que mediante las negociaciones, el NOEI y la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, las naciones más atrasadas puedan zanjarse la "brecha" que las separa de los países económicamente más avanzados. La esencia de tal posición es que los obstáculos principales al desarrollo son fundamentalmente externos y derivan de la actual estructura de relaciones económicas internacionales. Lo que se requiere para corregir esa situación, por tanto, es modificar la división internacional del trabajo y repartir el ingreso mundial a través de mejores precios a los productos primarios, menos restricciones, más fácil acceso a las exportaciones de manufacturas de los países "en desarrollo", más y mejor cooperación tecnológica y financiera y mecanismos de decisión más democráticos y representativos.

Esta posición expresa principalmente los intereses de la burguesía de los países subdesarrollados: sobre todo de buena parte de la oligarquía y también de ciertas capas de la burguesía liberal que suelen tener una activa presencia en el aparato estatal y por tanto en los foros internacionales. Entre sus rasgos distintivos figura a menudo la tendencia a identificar a los países imperialistas y a los socialistas e incluso la de postular la existencia de dos imperialismos, la de soslayar y aun ignorar totalmente el carácter clasista de algunas reivindicaciones, la de hacer pasar como demandas e intereses nacionales ciertas posiciones burguesas, la de moverse en planos meramente institucionales y aun puramente formales, la de no situar las más graves cuestiones en una perspectiva propiamente histórica y la de resolver todos los problemas —inclusive el de la actual crisis en la esfera de la circulación y del comercio, sin reparar siquiera en las contradicciones fundamentales de las relaciones de producción capitalistas.

Si bien esta posición es muy débil, meramente reformista e

incapaz de ofrecer una solución a los problemas de que se ocupa, sería un error identificarla con la que sostienen el capital monopolista internacional y las grandes potencias imperialistas. Estas rechazan parcialmente o al menos subestiman y ven con indiferencia el NOEI, o sólo aceptan de él aspectos que, lejos de perjudicarles, no riñen con sus intereses y aun pueden serles benéficos. La actitud adoptada por los principales países capitalistas en la IV reunión de la UNCTAD, celebrada en 1976 en Nairobi, y la resistencia para poner en práctica aun principios y mecanismos ya aprobados comprueban, sin lugar a dudas, lo antes dicho.

La estrategia trilateral del imperialismo

La posición de las grandes potencias no es solamente defensiva ni se limita a oponerse al NOEI. A estas horas es bien claro que lo que buscan es preservar el viejo orden, y que, concretamente la Comisión Trilateral, de la que alguien ha dicho que "... constituye el comité ejecutivo del capital financiero internacional"³², contando con la activa participación de prominentes personalidades del mundo económico, político y aun académico y sindical de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, trabaja empeñosamente en torno a un "nuevo orden" que, preocupado sobre todo por afirmar la hegemonía de los países imperialistas y por cerrar el paso a la revolución y al socialismo, consiga al menos la adhesión de las capas más poderosas de las clases en el poder en los países subdesarrollados, y logre imponerse como la fórmula más realista, aparentemente menos ambiciosa y en el fondo más eficaz para impulsar el desarrollo de los países atrasados.

Lo esencial de esta estrategia sería coordinar la política de las grandes potencias imperialistas, impulsar la transnacionalización del capital hacer aceptar que las grandes empresas transnacionales son el eje y el elemento más dinámico del proceso capitalista, confiar en ellas como arietes del desarrollo, fomentar la "interdependencia" incluso a costa de lesionar la soberanía

32/ Jeff Frieden. "The trilateral commission: economics and politics in the 1970's", en *Monthly Review*, diciembre de 1977. p. 10.

nacional, reorganizar el sistema monetario a partir del acuerdo de los países industriales, hacer del mercado y de la libertad de comercio el principal mecanismo regulador de las relaciones económicas internacionales, proyectar una política común en materia de energéticos, evitar la competencia ruinosa entre unos países y otros, asegurar el abastecimiento de productos básicos y hacer descansar la cooperación internacional en la confianza mutua, la adhesión a los principios reguladores de la nueva estrategia y la convicción de que, más que problemas políticos e ideológicos, el mundo de hoy se enfrenta a las complejas situaciones a que, por encima de los sistemas sociales, plantea el desarrollo tecnológico.

En cuanto a los problemas más concretos que el NOEI pretende resolver, la estrategia trilateral acepta la necesidad de reorganizar el sistema monetario pero desde luego a partir del FMI, y confiando en que “con el curso del tiempo las naciones industriales puedan desarrollar una política monetaria *común* para la comunidad global como un todo”,³³ en un sistema en que los objetivos nacionales se combienen con “una economía mundial abierta. . .”³⁴

En materia comercial se postula que “la meta debe ser una reducción de las barreras arancelarias al comercio internacional”, cuidándose además de regular y renegociar el comercio de productos agrícolas “en primer lugar entre los países industriales que responden normalmente por la mayor parte. . .” de él,³⁵ y lejos de proponerse una nueva organización se sugiere reforzar la existente.

En cuanto a los productos básicos se sostiene que los intereses de productores y compradores son esencialmente los mismos, que el marco para un mejor desarrollo es el de un comercio multilateral libre, sobre todo si se supera el obstáculo que

33/ Cit. por Carlos Rico. “‘Interdependencia’ y trilateralismo: orígenes de una estrategia”, en *La Comisión trilateral y la coordinación de políticas del mundo capitalista*. México, CIDE, 1977-78. p. 60. (Cuadernos Semestrales, Nos 2-3).

34/ *Ibid.*, p. 62.

35/ *Ibid.*, p. 62.

entraña la existencia de un ambiente “inestable y poco atractivo para la inversión”;³⁶

Acaso lo más significativo de la estrategia trilateral, sin embargo, es la convicción de que vivimos en un mundo “crecientemente interdependiente”, en el que los “países trilaterales”, deberían “tener en mente una estrategia amplia para el manejo de la interdependencia”.³⁷ Bajo ésta, como se sabe, lo que realmente hay es una profunda y dentro del actual sistema social insuperable dependencia, que seguramente se acentuaría de ser “manejada” por las grandes potencias.

“El manejo de la interdependencia se ha vuelto indispensable para el orden mundial de los próximos años. . .” Aunque esta no es nueva “. . . el desarrollo de la tecnología y la evolución del sistema político internacional han aparejado un cambio cuantitativo y cualitativo”.

“En los aspectos económico y político, la interdependencia ha crecido hasta una escala sin precedentes. La gran cantidad de producción cuya propiedad y administración está compartida internacionalmente, produce un enlace transnacional particularmente importante, de la misma manera que lo hace la dependencia mutua respecto de importaciones vitales. . .”

“. . . la interacción intensiva entre sociedades a varios niveles es esencial para la eficiencia económica y el mejoramiento del nivel de vida. . . Por otro lado, produce una interferencia mutua a través de las fronteras nacionales que amenazan algunas de sus ventajas. Por esta causa requiere de mecanismos de conducción. . .”³⁸

“Los aranceles, los subsidios a las exportaciones, la política industrial, el tratamiento privilegiado, etc., son instrumentos. . . de una política social que amenaza inherentemente a los sistemas de la interacción y la interdependencia, los

36/ *Ibid.*, p. 71.

37/ *Hacia un sistema internacional renovado. Comisión trilateral. Cuadernos semestrales del CIDE, ya citados. p. 91.*

38/ *Ibid.*, p. 98.

cuales son una fuente de prosperidad en el mundo industrial y una precondition para satisfacer y sobrepasar las necesidades humanas mínimas en los países en desarrollo. . . La intervención nacional en nombre de una sociedad más justa, es inevitable, pero debería ser guiada a través de un acuerdo internacional y de una acción conjunta, de tal manera que preservara las ventajas de la interdependencia. . . . Para muchas naciones en desarrollo, la jerarquía de poder característica del mundo de postguerra ya no es aceptable. Rechazan el concepto central legitimador de la economía mundial liberal, o sea, la maximización del bienestar global a través del sistema de mercado. . . ”³⁹

“Una estrategia realista de acción debe tomar en cuenta los principales obstáculos a un manejo cooperativo de la interdependencia. Obstáculos de importancia especial son, el deseo de autonomía nacional, el impacto de las políticas domésticas, las disparidades en las condiciones entre los países, las barreras políticas y el gran número de países. . . ”⁴⁰

“El deseo de autonomía nacional y el concepto tradicional de soberanía agravan la tensión entre las políticas nacionales y la interacción transnacional. . . ”

“ . . . El impacto de las políticas (domésticas) en el manejo de la interdependencia es doble. . . el proceso político produce variados grados de localismo que descuidan el impacto de la acción nacional en el mundo exterior. . . ”

El antagonismo entre Estados difícilmente conduce a una colaboración para el beneficio mutuo. . . El antagonismo en las relaciones Este-Oeste ilustra el problema. . . Los Estados comunistas aun persisten en la noción de que están comprometidos en una lucha revolucionaria con el mundo capitalista. . . Sus sistemas autocráticos son dirigidos centralmente y con un control relativamente completo de to-

39/ *Ibid.*, p. 100-101.

40/ *Ibid.*, p. 104.

da interacción con el mundo exterior; en contraste, en el Occidente pluralista, una multitud de individuos, grupos, instituciones y actores colectivos interactúa con el mundo exterior, de manera que los gobiernos. . . pueden controlarlos sólo parcialmente. . . Diferencias ideológicas de una naturaleza menos militante pueden, también, interponer obstáculos a un enfoque constructivo de los problemas globales. . .”⁴¹

A riesgo de subrayar innecesariamente algunos aspectos de la estrategia antes esbozada, conviene volver sobre los puntos centrales y tratar de descubrir su esencia. Para los voceros del imperialismo, éste, en primer lugar, no existe; de ahí que hablar de él sea “perder el tiempo. Según ellos, el mundo capitalista no consiste en un puñado de grandes potencias que oprimen a los demás países, sino en una comunidad de naciones interdependientes y libres, a las que el comercio internacional y el movimiento de capitales ha estrechado como nunca antes. La dependencia es secundaria y aun inexistente. El nuevo eufemismo con el que se la encubre es la “interdependencia”, ésta, al calor de la nueva tecnología y de un sistema político que nada tiene ya del viejo capitalismo, es la base del progreso y el marco en que se desenvuelven las relaciones internacionales. La estrecha y múltiple interconexión que caracteriza a la interdependencia resulta de la creciente transnacionalización de la producción y el capital, que a su vez se desarrolla conforme a las leyes del mercado y del sistema de precios, pues este es el único mecanismo capaz de maximizar la riqueza en bien de todos.

Las posiciones de los grandes consorcios de la RFA y desde luego de los norteamericanos, son especialmente claras y no dejan lugar a dudas:

“... países industrializados y países en desarrollo —sostiene por ejemplo la Sociedad Alemana para la Cooperación Económica LTDA— ya están entrelazados por los flujos internacionales de capital y comercio de tal manera que una producción de esta dependencia mutua, como la que el

41/ *Ibid.*, p. 104 a 107.

‘Nuevo Orden Económico Internacional’ necesariamente implicaría, causaría un gran daño especialmente a los países en desarrollo.’”

“Libertad para las mercancías y el capital.”

“Esta exigencia debería ser tanto más fácil de cumplir cuanto que entre los países pobres y los industrializados hay una situación inicial ideal: los unos necesitan para su desarrollo capital empresarial y tecnología moderna, los otros quieren sitios favorables de producción y materias primas; y los dos buscan mercados de venta para sus productos. . .

“por esto se invita a los países en desarrollo a conceder las libertades posibles al flujo internacional de capital. . .”⁴²

Mientras algunos defensores del NOEI como los países no alineados ven en el actual sistema de relaciones internacionales impuesto por el imperialismo el mayor obstáculo al desarrollo y al logro de una cabal independencia, los ideólogos de la Comisión Trilateral piensan que los principales escollos son de orden nacional, destacando “el deseo de autonomía” y “el concepto tradicional de la soberanía”, lo que significa que los pueblos no debieran luchar por su plena emancipación. Aunque es comprensible y aun inevitable que dicten ciertas medidas para tratar de resolver problemas internos, bajo el capitalismo monopolista de nuestros días ello resulta cada vez más inconveniente y debiera ser objeto de continua vigilancia. ¿Por quién? Por las grandes potencias y los mecanismos que ellas controlan. Lo que habría que asegurar es que el mercado funcione con la mayor libertad. Y el mercado ya no es la “mano invisible” de la fase premonopolista, sino en gran medida las empresas transnacionales y los poderosos Estados que las apoyan dentro y fuera de sus países de origen.

42/ Cit. por Urs Mueller-Plantenberg, “La República Federal de Alemania y el Nuevo Orden Económico Internacional”. Ponencia presentada en el Seminario sobre el Nuevo Orden Económico Internacional. Caracas, Venezuela, octubre de 1977.

Toda esta estrategia no se compadece, como podrá observarse, con las ideas que en otros tiempos defendió la burguesía. El principio de que la soberanía nacional reside en el pueblo, que acogieron sin reservas las Constituciones liberales clásicas, es ya inadmisibile y hasta peligroso para el capital monopolista. Si en el ejercicio de su soberanía todos los países podían, en otros tiempos, al menos formalmente imponer a su política exterior ciertas modalidades, ahora resulta que si éstas afectan a las empresas trasnacionales o a las grandes potencias, tienen que ser reguladas por algún organismo internacional, pues la "interdependencia" y la trasnacionalización en que ésta descansa no son los mayores obstáculos sino, según la oligarquía monopolista, los nuevos agentes históricos del progreso y el bienestar.

Todo lo cual revela que entre el programa de un "nuevo orden" y la estrategia trilateral de un viejo orden "renovado" o simplemente remozado para hacerlo aceptable a los países que hoy lo cuestionan, hay diferencias reales que es menester ponderar con cuidado. Aun si tales diferencias sólo expresaran las contradicciones generalmente secundarias y menores existentes entre las burguesías de los países capitalistas subdesarrollados y el capital internacional, serían ya dignas de tomarse en cuenta. Mas lo cierto es que, aunque no siempre se expresen con suficiente claridad o en las formas políticamente más adecuadas, el movimiento en favor de un nuevo orden revela y responde a contradicciones de mucho mayor alcance que las simplemente interburguesas.

El nuevo orden ¿una nueva ilusión?

Frente a las dos posiciones anteriores suele advertirse una tercera que fundamentalmente niega importancia y viabilidad a la búsqueda del "nuevo orden". Partiendo de una opinión parcial prefabricada y rígida, que además de desentenderse de los cambios en la correlación de las fuerzas en pugna, y de los hechos que explican el avance del movimiento antimperialista sólo en la medida en que hasta ahora se ha o no concedido a los países subdesarrollados lo que reclaman, tiende a asociarse

al NOEI a todo un vano intento por conseguir que cambie la estructura de las relaciones internacionales en el marco del actual sistema social.

Ya vimos que las posiciones más reaccionarias, o sea las propiamente imperialistas sobre el "nuevo orden" no ofrecen perspectiva alguna de resolver los graves problemas que, sobre todo bajo la actual crisis, aquejan a los países subdesarrollados. Lo que tales posiciones defienden es el orden existente, si acaso con los cambios en la división internacional del trabajo que fundamentalmente el propio capital monopolista internacional reclama. En efecto, a éste le interesa un adecuado suministro de materias primas, mano de obra barata, mercados a los que pueda penetrar sin interferencias, precios más o menos estables y una política que, en vez de rescatar los recursos propios y nacionalizar lo que hoy está en manos del capital extranjero, coopere y aun se subordine a éste sin reservas. Es obvio que si las cosas se desenvuelven en esta dirección y si en vez de que los países subdesarrollados obtengan un mínimo de garantías son ellos los que han de rodear de facilidades y estímulos a las empresas transnacionales, ni habrá un nuevo orden no podrán tales países superar los obstáculos y corregir las deformaciones estructurales propias del subdesarrollo.

Incluso si la búsqueda del nuevo orden económico no rebasa el marco en que la burguesía de los países subdesarrollados sitúa habitualmente el problema, tampoco podrán lograrse avances significativos. Si, como ha sucedido en gran parte hasta ahora, el desarrollo se concibe como un proceso de sustitución de importaciones —y aún de exportaciones— en que los cambios en la división internacional del trabajo sean fruto de la creciente concentración, la cada vez más alta composición, las contradicciones y los desplazamientos del capital monopolista en las propias metrópolis, y desde éstas hacia los países subdesarrollados, la dependencia cambiará —como por lo demás ya ha ocurrido— de forma y aun de contenido, pero no sólo no desaparecerá sino que incluso tenderá a acentuarse. Y ni qué decir si, como ha acontecido en años recientes en Corea del Sur, Singapur, México, Taiwan y otros países, las nuevas industrias resultan ser las llamadas empresas "maquilladoras", que

sólo se internen en las naciones subdesarrolladas en busca de una política complaciente que les permita explotar al máximo una fuerza de trabajo abundante, desorganizada y casi indefensa.⁴³

Aún suponiendo que, en parte porque les conviene para facilitar la expansión y la valorización del capital, y en parte porque en las condiciones actuales no les es fácil oponerse a todas las reivindicaciones de los países subdesarrollados, las grandes potencias capitalistas accedieran a algunos cambios para aligerar los desequilibrios de las balanzas de pagos —vías precios mejores a los productos primarios, facilidad a las exportaciones de manufacturas, mayores préstamos o inversiones privadas o cierta renegociación de las deudas—, es difícil pensar que las cosas se modifiquen sustancialmente en aquéllos. Lo más probable es que tras un pasajero alivio de las presiones más severas, dichos países se inserten aun más profundamente en la economía del imperialismo y que se reproduzcan las condiciones y las contradicciones que caracterizan al subdesarrollo. O en otras palabras: mientras en vez de atacar directa y resueltamente sus causas se pretenda resolver ciertos problemas a través de reformas palaciegas e inocuas, las cosas seguirán básicamente como hasta ahora. Y el reformismo de las burguesías de los países subdesarrollados, aunque suele entrar en conflicto con el capital monopolista internacional, no riñe esencialmente con éste.

“El imperialismo (inclusive) —como dice Fidel Castro— alienta el reformismo. Y en la medida en que su desprestigio crezca y su influencia se pierda, su esfuerzo será para desalentar revoluciones y alentar reformas, pero que mantengan su dominio en la medida de lo posible.

“... En América Latina somos partidarios de políticas revolucionarias. Porque sabemos que el reformismo no resuelve

43/ “... en todo este proceso de desplazamiento de una parte de la industria manufacturera con alto coeficiente de mano de obra desde el centro hacia la periferia, los que —en el mercado mundial— se apropian las sobreganancias obtenidas por las empresas. . . no son otros que los propietarios imperialistas. . .” Charles-André Udry, “¿Un nuevo orden económico?”. *Crítica de la Economía Política*, No. 3, México, abril-junio de 1977, p. 82.

nada, que los problemas son muy serios y muy profundos, y que sólo verdaderas revoluciones los pueden resolver. . .”⁴⁴

Y lo cierto es que aun las modestas reivindicaciones contenidas en el programa del NOEI, hasta hoy han sido, o bien abierta y hasta cínicamente rechazadas o bien sustituidas por mezquinas y demagógicas promesas de las potencias imperialistas. Lo que en parte se explica porque, como observa Harry Magdoff, “. . . en última instancia (cada una de esas demandas) afecta las ganancias que obtienen las naciones capitalistas avanzadas. . .”⁴⁵

El NOEI y los obstáculos fundamentales al desarrollo.

Ahora bien, ¿podría el cambio que se exige en las relaciones económicas internacionales, abrir a los países subdesarrollados la senda de un desarrollo independiente y basado fundamentalmente en los recursos propios?

En una primera aproximación, parece claro que aun si pudieran hacerse valer las principales demandas, los países subdesarrollados no podrían superar a los más serios obstáculos que traban su desenvolvimiento y deforman sus economías. Así por ejemplo: si bien la inestabilidad y desde luego los bajos precios de los productos primarios que exportan, contribuyen a mantenerlos en el atraso, es obvio que el solo problema agrícola desborda con mucho ese marco y que el desarrollo del capitalismo en el campo se expresa en contradicciones mucho más graves. Y aun cuando un mejoramiento en los precios y en los términos del intercambio podría impulsar el crecimiento de las fuerzas productivas —acaso sobre todo de los países industriales que hoy son también los principales abastecedores de productos primarios—, un mayor ingreso de divisas que a la postre quedaría sobre todo en poder de los más altos estratos de la burguesía nacional y extranjera, ni beneficia fundamen-

44/ Fidel Castro. *Granma*, 7 de mayo de 1972.

45/ Harry Magdoff, “The limits of international reform”. *Monthly Review*, mayo de 1978, p. 4.

talmente a las masas campesinas ni libera al proceso agrícola de las trabas que lo frenan; antes bien contribuye a reforzarlas, al afirmar y reproducir las relaciones de producción de las que esencialmente surgen esas trabas.

Y ¿qué decir de las exportaciones de manufacturas? En principio, sin duda, éstas tienen ventajas sobre las de productos primarios. Pero en el marco en que se desenvuelve la industrialización de los países atrasados están muy lejos de ser lo que fueron para las naciones capitalistas más desarrolladas. Dicha exportación, en efecto, más que exhibir una capacidad industrial que permita colocar los excedentes en otros mercados, corresponde a una nueva y más compleja fase del capitalismo del subdesarrollo, y por tanto de la dependencia estructural que le es inherente.

A medida que avanza la sustitución de importaciones, en la que como es sabido suele jugar un papel de primer orden el capital extranjero, a la vez que se vuelve difícil extender el proceso a las industrias de bienes de capital, surgen ciertas posibilidades de exportación de manufacturas. Pero así como la sustitución de importaciones implica que el capital extranjero que antes proveía desde fuera ciertos bienes ahora los produce en los países subdesarrollados, la exportación de manufacturas que empieza a cobrar impulso en algunos países, procede también con frecuencia de dicho capital, y concretamente de las empresas transnacionales. Aun haciendo valer el trabajo barato, los recursos abundantes y de fácil explotación y los bajos impuestos para competir con los países industriales más avanzados, y aun obteniendo de éstos un trato preferente a esas manufacturas, es obvio que una industrialización así concebida tampoco puede corregir los desequilibrios y menos todavía fortalecer la independencia de los países subdesarrollados.

Una mayor afluencia de recursos financieros —como la que supondría lograr el traslado siquiera del 10% del PNB de los países más avanzados —aligeraría seguramente las presiones sobre las balanzas de pagos. Pero de ahí a remover los obstáculos que impiden una acumulación de capital muy superior a la presente, hay una gran distancia. Aun en las difíciles condicio-

nes impuestas por la crisis, que en parte se expresan en bajas tasas de crecimiento económico, la acumulación en los países capitalistas subdesarrollados sólo absorbe una parte relativamente pequeña del excedente potencial e inclusive del real, lo que se explica porque si bien el sistema convierte con facilidad el capital en plusvalía, su creciente irracionalidad se expresa cada vez con mayores obstáculos para transformar esa plusvalía en capital, pues aparte la exacción constante de que son víctimas los países subdesarrollados por parte del capital extranjero, las burguesías nacionales son acaso el principal factor de dilapidación, empleo improductivo y drenaje del excedente hacia el exterior.

Por estas razones tampoco bastaría con renegociar y aun conseguir una moratoria de la deuda extranjera. El crecimiento en espiral de ésta no sólo exhibe graves desajustes comerciales y financieros. Corresponde a todo un sistema de relaciones y por tanto a un patrón de división internacional de trabajo desfavorable para los países subdesarrollados, y expresa sobre todo un orden socio-económico y político interno, cuyas contradicciones se intensifican a medida que el capital se concentra en poder de una nueva y poderosa oligarquía en la que se entrelazan el capital nacional y extranjero, que jamás estará dispuesta a admitir que ella es el principal obstáculo al desarrollo.

En fin, tampoco parece que la mera transferencia de tecnología, controlada hoy principalmente por los grandes consorcios trasnacionales, será suficiente para que cambie la suerte de los países atrasados. Al margen de que esa tecnología es muy onerosa e inadecuada para estos países lo cierto es que, además de su alto costo, usualmente va acompañada de condiciones más o menos inaceptables derivadas del propósito de obtener ventajas comerciales, financieras e incluso propiamente políticas. Por eso no sería exagerado afirmar que mientras subsista la actual dependencia tecnológica, será muy difícil y aun imposible lograr una mayor independencia económica.

El Desarrollo, el "nuevo orden" y la "autosuficiencia colectiva"

A partir, sobre todo, de los últimos años, los países no ali-

neados han insistido en que la base de su desarrollo debe ser la movilización de los recursos propios no sólo en cada país sino en el conjunto del llamado Tercer Mundo. El principio de la autosuficiencia, que en un momento dado pudo haber sugerido una tendencia a la autarquía o al menos a subestimar la cooperación internacional, más tarde se mitiga y vuelve la expresión de una confianza en que si los países subdesarrollados utilizan mejor y se ayudan mutuamente en el uso de sus recursos, esta sola estrategia puede abrirles un nuevo horizonte.

Lo primero que a este respecto debiera quedar claro es que, históricamente, la utilización de los recursos propios fue siempre la base del desarrollo. Lo que ocurre es que, hasta ahora, los recursos de los países subdesarrollados fueron en gran parte explotados en beneficio de otros, esto es, de las potencias coloniales y neocoloniales de las que han dependido. Lo nuevo sería poder por primera vez movilizar esos recursos en provecho propio, intercambiando todo aquello con que cuenta el Tercer Mundo, entre los países que lo forman. ¿Es esto viable?

Si se le concibe como un nuevo sistema o incluso como un nuevo patrón o "modelo" de desarrollo, en el sentido de una alternativa para los países subdesarrollados como si la expresión Tercer Mundo sugiriera la necesidad de abrir un tercer camino, creo que éste será inviable. O la menos lo fue hasta ahora.

No parece factible a nuestro juicio pensar en un proceso como el que algún autor describe, "hipotéticamente" como expresión del curso que podría seguir un país que, partiendo de una posición subordinada respecto al capital transnacional, tras un período de transición lograra gradualmente y por medios democráticos, arribar a un régimen de lo que podríamos llamar "utilización conjunta de los recursos propios" (Collective self-reliance).^{4 6}

46/ "Se supone implícitamente que en el tránsito hacia el nuevo estilo de desarrollo no se produce una modificación drástica e instantánea de la estructura económica y social. La viabilidad de esta 'fase inicial de tránsito pacífico' está condicionada por el contenido político del proyecto que se aspira a materializar y por la posición relativa, interna e internacional, de las fuerzas sociales que lo apoyan". Fernando Fajznzylber. "Las empresas transnacionales y el 'collective self-reliance'". *El trimestre económico*. No. 172. México, octubre-diciembre de 1976, p. 903.

¿En qué consistiría esencialmente este régimen o nuevo “estilo” de desarrollo? En que “. . . la actividad productiva estaría orientada a satisfacer las necesidades básicas de la población. . .”, pues “se supone que el Estado en cuestión representa los intereses de una fracción mayoritaria de la población y cuenta con un sólido respaldo político en el plano interno. . .” “Un segundo rasgo se refiere al hecho de apoyarse fundamentalmente en los recursos internos y a la voluntad de desarrollar plenamente los recursos y las potencialidades de que el país dispone. . .” Una tercera característica consiste en que “. . . se habría logrado articular esquemas estables de coordinación y cooperación con países similares. . .”, y un último rasgo sería el “drástico debilitamiento de las condiciones de subordinación respecto a los países desarrollados”⁴⁷

Según el propio autor,

“Los elementos señalados dejan en evidencia, por una parte, que es viable que existan vinculaciones entre el estado y las transnacionales en el marco del nuevo estilo de desarrollo y, por la otra, la modificación cualitativa que experimenta esta vinculación. . . La presencia de las ET se transformaría en un elemento marginal e irrelevante para efectos de orientación del modelo. . .

(Y) mientras mayor la cohesión interna en los países y la colaboración y coordinación entre ellos, más débiles las posibilidades de las ET de enfrentarse a los gobiernos que opten por el nuevo estilo de desarrollo.”⁴⁸

Sería exagerado, desde luego, pensar que las condiciones de los países subdesarrollados son un dato dado, que no cambiará a menos que se produzca una ruptura revolucionaria. El cambio es continuo y ciertas transformaciones se producirán aunque el imperialismo se empeñe en evitarlas. La nueva y más favorable correlación de fuerzas hace hoy posible que los países subdesarrollados y sobre todo los No Alineados se unifiquen y avancen en el trazo de una estrategia común frente al

47/ *Ibid.*, pp. 917, 918 y 919.

48/ *Ibid.*, pp. 920 y 921.

imperialismo. El triunfo de la OPEP al elevar los precios del petróleo en 1973 habría sido muy difícil y aun imposible cinco o diez años atrás. Mas si bien hay avances alentadores en ciertos esquemas de integración regional y en el intento de algunos países de apoyarse mutuamente y reducir la dependencia respecto al capital monopolista trasnacional, también hay desacuerdos y obstáculos difíciles de superar y no parece viable que, con tales métodos se llegue nada menos que a poder utilizar racionalmente los recursos. Aun repetir en estos momentos con otros productos la hazaña de la OPEP se antoja bien difícil, y a estas horas es además bien claro que no basta obtener más divisas para usarlas mejor y para movilizar otros recursos desde y hacia el Tercer Mundo.

Lo que quiere decir que para lograr la "autosuficiencia colectiva" de que hablan hoy muchos países de ese Tercer Mundo, no es suficiente modificar la relación con las empresas trasnacionales ni oponerse a las más graves fallas del sistema de relaciones internacionales. Sin planificación económica, sin poder determinar el uso que deba darse a los recursos, sin capacidad para hacerlos crecer con rapidez para impedir el drenaje que provoca no sólo el capital monopolista internacional sino también el nacional, es imposible hacer realidad el empleo conjunto de los recursos propios. Sólo con el pueblo en el poder y bajo una democracia popular que avance rápidamente hacia el socialismo como condición para asegurar su supervivencia frente a un enemigo aún tan poderoso como el imperialismo, puede pensarse en formas de cooperación del tipo de las que propone hoy el movimiento antimperialista, y que en rigor se asemejan a las que está poniendo en práctica un sistema de integración como el CAME.

Naturalmente, la posibilidad de seguir este camino no es fácil. Como ha dicho Fidel Castro:

"El conjunto de los países subdesarrollados no forma, desde luego, un todo homogéneo. Algunos se oponen al imperialismo y luchan contra él, otros en cambio están muy cer-

ca del imperialismo e incluso en muchos casos actúan como aliados suyos. . . ”⁴⁹

En la medida en que los países subdesarrollados cobren mayor conciencia de sus intereses comunes, podrán sin embargo crear nuevas situaciones que contribuyan a reforzar su lucha. La práctica de la ayuda mutua, antes inexistente y menospreciada; la posibilidad de suscribir acuerdos comerciales que alivien los problemas de las balanzas de pagos; el avance en ciertas formas de integración regional que les permitan reducir la dependencia del imperialismo; la supresión de ciertos intermediarios; la defensa en común a través de una regulación conjunta de la oferta de precios y abastecimientos; la creación de asociaciones de productores, la cooperación tecnológica y financiera y la lucha contra el intercambio desigual y en favor de una diferente y menos desfavorable división internacional del trabajo, son sin duda campos de acción en los que se pueden lograr avances significativos. Lo que deberá entenderse, sin embargo, es que no es vendiendo más materias primas así sea a mejores precios, e importando manufacturas y aun muchos otros bienes más o menos innecesarios, como se avanzará en el camino del desarrollo independiente. “La desigual división internacional del trabajo —como recuerda Samir Amin— se basa en esta estrategia. De ahí que reducir la desigualdad en la división del trabajo implica sin duda reducir el flujo de la exportación de productos primarios.”⁵⁰

Frente al genuino nuevo orden que muchos países tratan de crear, las grandes potencias capitalistas, buscando preservar sus privilegios, se empeñan en realidad en crear, como dice el propio Amin, un “nuevo orden imperialista”. “Estas no son solamente dos cuestiones verbales, dos posibles alternativas teóricas. Son (dos líneas) que se enfrentan en estos momentos y

49/ Fidel Castro. “La actual crisis económica internacional y el movimiento de países no alineados.” *Economía y Desarrollo*, No. 30. La Habana, julio-agosto de 1975, p. 17.

50/ Samir Amin. “Self-reliance and the new international economic order”, *Monthly Review*, julio-agosto de 1977, p. 19.

que son objeto de diarios conflictos".⁵¹

Y en esta lucha, los países no alineados constituyen una fuerza que nadie puede ya menospreciar.

Pues bien estos últimos, desde luego, no tienen salida. Mientras actúen así tendrán que resignarse a que sus recursos sean en gran parte desaprovechados no sólo por el saqueo que provoca el imperialismo sino porque las profundas deformaciones internas de sus economías impedirán el empleo medianamente racional del potencial de recursos en el interior de cada país y con mayor razón en el conjunto de ellos.

En cuanto a los que luchan contra el imperialismo, la posibilidad de utilizar sus recursos de mejor manera dependerá, a la postre, de si son capaces de enfrentarse a él y derrotarlo. Esta es la cuestión decisiva. La posibilidad de un capitalismo independiente no existe en nuestros días para los países del Tercer Mundo. Capitalismo significa explotación y anarquía, desarrollo deforme y profundamente desigual aun en el seno de cada país, dependencia estructural y succión permanente de sus recursos en provecho del capital monopolista nacional y extranjero. Incluso la lucha contra el imperialismo no basta: es menester vencerlo, para remover la base capitalista en que descansa.

¿Significa todo esto que el movimiento en favor de un nuevo orden económico internacional carece de importancia, por no estar en condiciones de imponer tal orden de inmediato? De ninguna manera. Pese a ciertas ambigüedades y contradicciones que explicablemente siguen presentes, su influencia y prestigio en los foros internacionales, y tanto su contribución como la de movimientos afines al rechazo de las explicaciones burguesas del desarrollo, a la comprensión de las verdaderas causas del atraso, la reivindicación de ciertos principios, la correcta ubicación del papel del imperialismo y de la lucha antimperialista, el apoyo a la liberación nacional y la convicción cada vez más firme de que para lograr un nuevo orden económico internacional es preciso transformar la economía de cada país y superar los obstáculos internos que impiden su desarrollo,

51/ *Ibid.*, p. 20.

son signos de que los pueblos empiezan a comprender el alcance revolucionario de sus luchas. Y esta puede ser la clave definitiva del éxito.

Aun la presencia de elementos burgueses para los que el capitalismo sigue siendo "el mejor de los mundos posibles" y que nunca se enfrentarán resueltamente al imperialismo, tiene significación política: exhibe contradicciones reales, que aun no siendo generalmente antagónicas debieran ser aprovechadas por las fuerzas revolucionarias; pero lo que es aún más claro es que mientras la burguesía siga al frente de la lucha por la "segunda independencia", las reformas que de uno u otro modo se consigan no tendrán mayor importancia, los beneficios que se obtengan quedarán principalmente en manos de la oligarquía, el imperialismo no se verá seriamente afectado y el verdadero potencial antimperialista no podrá siquiera liberarse y ponerse en acción.

Mientras el reclamo del "nuevo orden" sea en muchos países un asunto solamente de los gobiernos, de gobiernos burgueses que a nada temen tanto como a la acción de sus pueblos, de gobiernos sometidos al capital monopolista y que de hecho suelen ser aliados del imperialismo podrán conseguirse cambios parciales y aun mejoras aquí y allá que aun no siendo delezna- bles tampoco remuevan los obstáculos fundamentales al desarrollo. Sin perjuicio de llevar adelante el movimiento antimperialista en el nivel gubernamental, con el concurso sobre todo de las naciones que estén dispuestas a enfrentarse con mayor decisión al enemigo, en los países capitalistas del Tercer Mundo es preciso incorporar a las grandes masas, a los trabajadores, a estudiantes e intelectuales, a numerosos pequeños productores del campo y la ciudad, y especialmente a la clase obrera a la lucha por un nuevo orden económico internacional. O en otras palabras: es necesario vincular estrechamente esa lucha a la causa de la revolución y el socialismo pues sólo los pueblos, no la burguesía, pueden vencer al imperialismo.

Los trabajadores comprenden que la obtención de mejores salarios y más amplias prestaciones y el ejercicio del derecho a organizarse y a emplear la huelga como medio de defensa son aspectos de la lucha de clases que no pueden menospreciarse.

Pero a menudo caen en posiciones sindicalistas y economicistas, en parte porque no tienen una comprensión análoga de aspectos ideológicos y políticos más complejos de la lucha de clases, o porque carecen de organización y de medios adecuados para rechazar con éxito las posiciones burguesas y concretamente la acción de la oligarquía nacional y extranjera. Fenómenos como la inflación, los desequilibrios comerciales y financieros internos, el desempleo, los desajustes de las balanzas de pagos, el endeudamiento externo, las devaluaciones, la inestabilidad de los precios, el intercambio desigual y en general la crisis del capitalismo, el subdesarrollo y la responsabilidad del imperialismo en el atraso de los países del llamado Tercer Mundo no son claramente comprendidos por los trabajadores y menos, todavía, incorporados sistemáticamente a su plataforma de lucha. Su apoyo conciente a la búsqueda de un nuevo orden económico internacional como una especie de programa mínimo contra el imperialismo, a llevarse adelante con independencia y no a la zaga de la burguesía, sobre todo en aspectos fundamentales en que insisten los países no alineados, enriquecería el movimiento obrero y reforzaría la lucha contra el imperialismo, tanto en el caso de lograrse avances significativos como de tropezarse con obstáculos infranqueables. Aun si esto ocurriera, los trabajadores comprenderían que incluso las más modestas y justas demandas resultan ya inviables bajo el capitalismo y reclaman luchas de mayor envergadura. Comprenderían mejor entonces que la reivindicación efectiva de ciertos principios y el logro de algunas metas meramente democráticas propias de un programa mínimo, dependen de que éste forme parte de una estrategia revolucionaria y se enlace con un programa máximo que plantee la necesidad de avanzar hacia el socialismo.

Para hacer realidad una "autosuficiencia colectiva" que libere y permita el mejor uso del potencial productivo de los países del Tercer Mundo, es menester que cada pueblo sea independiente, sea dueño de sí mismo, de sus recursos y de su destino. Y tal cosa no es posible bajo el imperialismo. Sobre todo en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado, capitalismo e independencia son términos incompatibles para

los países subdesarrollados incluso para muchas naciones que en otros tiempos fueron independientes. Tampoco es posible que la burguesía pueda enfrentarse con éxito al imperialismo, pues a diferencia de lo que ocurrió en la fase premonopolista, ahora es una clase comprometida, y sobre todo en sus fracciones oligárquicas, indisolublemente ligada y subordinada al capital monopolista internacional, hasta el punto de depender uno del otro —como hermanos siameses— para sobrevivir.

La posición burguesa y las ilusiones pequeñoburguesas que cifran la posibilidad de un desarrollo independiente en la capacidad de las clases en el poder en los países capitalistas subdesarrollados para hacer realidad las reformas democráticas que suelen defender de palabra, soslayan y aun ignoran las limitaciones irrebasables del capitalismo del subdesarrollo. Suponen a éste posibilidades que nunca tuvo y tienden mecánicamente a hacer creer que la revolución democrático burguesa podrá promover transformaciones similares a las que, en otro marco histórico fue capaz de realizar, sin reparar en que esa revolución se consumó desde hace mucho tiempo en numerosos países subdesarrollados —en otros es ya imposible— y en que la burguesía y en particular la oligarquía no sólo no pudo lograr tales cambios sino que hoy es, junto con el capital monopolista extranjero, el principal obstáculo que se opone a su realización.

La misión histórica de la burguesía latinoamericana no dió lugar, por cierto, a hazañas extraordinarias; no produjo figuras de gran relieve comparables a los que surgieron en otros países. Pero es ya una misión cumplida. Su rol no fue conquistar —como en otros países— la independencia económica sino contribuir a sumir a nuestros pueblos en el atraso y la dependencia del imperialismo.

La única fuerza capaz de conducir hoy hacia un desarrollo nacional independiente es el proletariado, tanto porque interna e internacionalmente es el eje de la lucha contra el capital monopolista como porque, bajo la dirección de una clase obrera debidamente organizada, y con la alianza del campesinado pobre y amplias fracciones de la pequeña burguesía urbana, puede asegurar la continuidad del proceso que libere a los pue-

blos atrasados de la explotación y la opresión característicos del capitalismo en la fase imperialista. Esa fuerza puede llevar al pueblo al poder, y a través de una democracia popular que destruya el viejo aparato estatal e impida al enemigo recuperarse y restablecer sus privilegios, realizar las transformaciones que bajo el capitalismo son ya inviables y crear el nuevo Estado revolucionario que haga posible la instauración del socialismo.

Para avanzar en esta lucha en el momento actual es necesario comprender el alcance de la crisis que sufre el capitalismo, pues además de un obstáculo en la búsqueda de un "nuevo orden", la crisis es en parte el resultado de las presiones que los pueblos ejercen sobre el viejo sistema, y a la vez la expresión de graves contradicciones que sólo pueden superarse si, en cada fase del proceso revolucionario, se sabe actuar sobre ellas.

La crisis del capitalismo y la búsqueda de un nuevo orden económico

Si el logro de un nuevo orden económico internacional depende, como se reitera a menudo, de la posibilidad de derrotar al imperialismo, la comprensión del alcance y los principales caracteres de la crisis que este sufre actualmente adquiere especial importancia teórica y aun estratégica y táctica, pues la crisis golpea a millones de trabajadores y, por tanto, luchar contra ella —que sin duda es un eslabón débil del sistema— puede ser la mejor manera de movilizar a las masas.

Pero, ¿se cuenta con una interpretación de la crisis sobre la que pueda fundarse una estrategia similar a la que empieza a tomar cuerpo en torno a la lucha por un nuevo orden económico internacional? Sin menospreciar los avances que se hacen en esa dirección, tanto en el diagnóstico del fenómeno como en lo que podría ser el punto de partida de un programa común frente a la crisis, hay todavía sensibles divergencias, por lo demás explicables tratándose de acuerdos que proceden de reuniones en que participan decenas de países con grados muy diversos de desarrollo y aun sistemas sociales diferentes, que fundamentalmente buscan ciertos comunes denominadores para defender principios de carácter general y emprender acciones

conjuntas tras objetivos muy concretos.

Sin intentar aquí volver sobre algunos documentos a los que se hizo ya mención en páginas previas, podría recordarse que a menudo se alude a la crisis como un fenómeno meramente económico, como una fase del ciclo, como un hecho externo que los países imperialistas trasladan o exportan al resto del mundo, como un reflejo de ciertas políticas internacionales y aun como un desajuste grave pero transitorio, que afecta el funcionamiento del sistema monetario, del mercado de materias primas y energéticos, del comercio exterior y las balanzas de pagos, del movimiento de capitales y de las finanzas internas e internacionales.

En otros trabajos he tratado de examinar los principales rasgos de la actual crisis del capitalismo y las causas que la determinan. En esta ocasión me limitaré a subrayar brevemente algunas cuestiones que parecen de especial interés en la perspectiva de la lucha por un nuevo orden económico internacional.

La presente crisis tiene sin duda, en primer lugar, un carácter cíclico. Es decir, es un fenómeno recurrente y una fase —incluso la principal— del ciclo económico a través del cual se desenvuelve la producción capitalista. Es una crisis de sobreproducción sobre todo de capital, en todas las formas que este adopta a lo largo del proceso de rotación; a saber: capital-dinero, capital-producto y capital-mercancías. Lejos de que el keynesismo acabara —como alguna vez lo anunciaba el profesor Samuelson— con la crisis, más bien parece que la última de éstas —que para algunos ha sido toda una revolución antikeynesiana— ha acabado con aquél y puesto de manifiesto su indigencia. La realidad ha vuelto a demostrar que la producción capitalista sólo puede darse cíclicamente, y que el período de ascenso de 1972-73, desenlazó en una crisis que a su vez fue el anuncio y el punto de partida del fuerte receso de 1974-75. El hecho, empero, de que en 1978 se siga hablando de la crisis aun en los países en que la recuperación ha cobrado mayor impulso, revela que ésta no es solamente una crisis de sobreproducción sino algo más profundo y complejo. Como señala Francisco Mieres, “. . . el asunto no consiste tanto en saber si se puede hablar de recesión o depresión, y de si ésta ha sido su-

perada, sino en la complejidad y durabilidad inusitados del síndrome crítico global, que rebasa e inutiliza cualquier enfoque economicista, incluso en sus más elegantes versiones econométricas".⁵²

Si bien la caída de la actividad económica en 1974-75 hizo admitir aun a los más reacios la presencia de la crisis. Lo cierto es que desde años atrás ésta venía incubándose y ya en 1968-71 exhibía signos inconfundibles. Después de 1976, por otra parte, en que los más optimistas pensaron que la crisis llegaba a su fin, ésta ha continuado, manifestándose principalmente en un sensible rezago de la inversión, un alto nivel de desempleo y una inflación que por sí sola bastaría para comprender porqué se ha acentuado la inestabilidad económica en los últimos años. Todavía a fines de 1977, *Business Week* recordaba que la inversión en los Estados Unidos seguía siendo inferior a la de 1974, y unas semanas después, *Fortune* advertía que la perspectiva de una mayor inversión estaba "lejos de ser alentadora".

En general parece haber amplio acuerdo en círculos marxistas acerca de que la perspectiva inmediata del capitalismo es angosta y precaria y de que la presente crisis es mucho más que una mera fluctuación cíclica de la actividad económica. Pero aun vista en esta perspectiva, se señala a menudo que la desigual y lenta recuperación que se inicia en 1975-76 empieza a debilitarse, en la mayor parte de los casos sin haber alcanzado y menos todavía superado los niveles medios anteriores del descenso económico de 1974, lo que sin duda es un rasgo nuevo del ciclo. Paul Sweezy hace notar al respecto, en un reciente artículo, que las consecuencias de tan peculiar recuperación son el insuficiente crecimiento del empleo y el mantenimiento de un alto nivel de descoupción, un aumento de la capacidad de producción industrial ociosa —sobre todo en ramas como el acero, construcción naval, automóviles, productos químicos básicos, papel y muchas más— y un bajo nivel de las nuevas inversiones. E incluso observa que, en los Estados Unidos, la actual reactivación económica ha descansado más que en la inver-

52/ Francisco Mieres. *Estudio sobre la crisis del capitalismo* (inédito).

sión, en un rápido aumento del consumo gracias al volumen sin precedente de crédito a los consumidores, que de un incremento medio anual de 11 mil millones de dólares en 1970-75, pasó a uno de casi 31 mil millones en 1976.⁵³

A consecuencia de todo ello y de la flojedad que se advierte en la acumulación de capital, el autor antes citado estima que lo más probable es que se produzca una nueva depresión del tipo de la de los años treinta, y que, en todo caso "la crisis de los años 70 marca un punto de inflexión históricamente crucial, y que nada que no sean cambios muy importantes podrá ponernos sobre un nuevo camino."⁵⁴

Si bien la tendencia al estancamiento es propia del imperialismo y sobre todo del actual capitalismo monopolista de Estado, también lo es una competencia monopolista que simultáneamente se expresa en el crecimiento cada vez más desigual y anárquico de las fuerzas productivas y por tanto en una creciente inestabilidad.

Tanto los hechos anteriores como otros similares que podríamos recordar, demuestran que el ciclo y concretamente la crisis que en él se produce con cierta regularidad no son hoy idénticos a los de otros tiempos. Entre sus principales cambios está la menor duración de aquél determinada fundamentalmente por el empeño con que, a partir de altas tasas de depreciación y obsolescencia se logra acortar artificialmente la vida del capital fijo. Otro cambio es la mayor frecuencia de la crisis, el que ésta se acentúa respecto a las ocurridas hasta mediados de los años sesenta, y el que la recuperación pierde impulso antes de que se restablezcan las condiciones para iniciar un nuevo ciclo. Pero acaso lo más significativo es que la inflación y el desempleo, antes fundamentalmente cíclicos, que se agravaban, la primera cuando el nivel de acumulación llegaba a su punto más alto en la fase de auge, y el segundo cuando, a partir de la crisis se abría un período de reajustes y aun de severa depresión necesarios para restablecer la tasa de ganancia a través de una mayor explotación, y una caída de la inversión y del nivel

53/ Paul M. Sweezy, "The present global crisis of capitalism. *Monthly Review*, abril de 1978, pp. 3 a 7.

54/ *Ibid.*, p. 12.

de empleo, ahora se han vuelto fenómenos crónicos que sin duda exhiben la mayor intensidad de las contradicciones del capitalismo y la incapacidad para sortearlas con éxito a través de una política que al estimular la demanda a través de un enorme gasto en gran parte improductivo, sin ser capaz a la postre de acabar con el desempleo sí lo ha sido para contribuir a una inflación permanente.

Los cambios en el ciclo económico revelan sin duda contradicciones muy profundas. Aun en los casos en que los efectos de la crisis logran mitigarse, lo cierto es que la tendencia a la sobreproducción, sobre todo de capital, persiste y aun se intensifica y que el mantenimiento de altos niveles de demanda se asocia y aun descansa en una política inflacionaria que, empeñada en contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, acaba por ahondar la contradicción fundamental del capitalismo y se manifiesta en otros desajustes que acentúan la inestabilidad y dan a la crisis un nuevo carácter. A este respecto, a menudo se recuerda que la crisis actual tiene entre sus principales rasgos la aceleración de la inflación en los países capitalistas industrializados, la crisis monetaria internacional que se expresa en el resquebrajamiento del sistema de Bretton Woods los fuertes déficit financieros internos y el desequilibrio de las balanzas de pagos, la escasez de alimentos y el fracaso de las reformas agrarias y de la "revolución verde" para asegurar la modernización agrícola de los países subdesarrollados, la crisis de los energéticos y aun la llamada crisis ecológica, todo ello en medio del creciente enfrentamiento entre las empresas trasnacionales y los países subdesarrollados.⁵⁵

En todo esto hay bastante acuerdo. Mas no así cuando se trata de situar globalmente el fenómeno de la crisis. Aunque no podríamos examinar aquí las diversas explicaciones que se ofrecen de ella, mencionaremos al menos brevemente algunas de las más socorridas.

Una primera, tiende precisamente a caracterizar la actual crisis como un fenómeno complejo en el que se entrelazan los hechos anteriores. Lo que tiene de peculiar y distintivo, se dice,

55/ Véase el estudio ya citado de Francisco Mieres.

no es que se trate de una crisis cíclica, pues antes hubo muchas análogas, sino de que esta vez se produzca simultáneamente desde una crisis monetaria internacional, con los consiguientes desajustes comerciales y financieros, hasta una crisis agrícola, una profunda inestabilidad en todos los mercados, y muchos otros problemas que rebasan el marco propiamente económico.

Con frecuencia se presenta a la crisis como una de realización derivada del agravamiento de la contradicción producción-consumo. Se cae así en un enfoque subconsumista que no advierte que las crisis del capitalismo, y concretamente la actual, expresan contradicciones profundas que se dan en la esfera productiva, o sea que afectan las relaciones mismas de producción y no sólo el ámbito de la circulación, y en tal virtud no se reparan centralmente en la contradicción fundamental del sistema ni en el hecho de que los desajustes entre la producción y el consumo principalmente expresan de la contradicción entre el carácter social de las fuerzas productivas y el régimen privado, crecientemente monopolista, de apropiación.

Para algunos, la actual es una crisis cíclica de sobreproducción, pero que se produce en el marco de un ciclo u onda larga de declinación o depresión, del tipo de las sugeridas hace medio siglo por Kondratieff, y que según este autor serían, como el ciclo corto, recurrentes.

Para otros estamos frente a la crisis de un "modelo de acumulación", "modelo" que suele asociarse a ciertos caracteres del proceso de acumulación, a un patrón determinado de producción interna y división internacional del trabajo y aun a las bases sociales y políticas en que ha descansado el desarrollo capitalista en años recientes.

También hay quienes creen que la presente y difícil situación del sistema expresa principalmente la acción de fuerzas que se desenvuelven en el "centro" y que desde ahí influyen en forma decisiva tanto en los países de la "periferia" como en las relaciones entre unos y otros.

Reparando principalmente en los cambios que sufre el sistema de relaciones internacionales, mientras algunos consideran

que el agravamiento de la rivalidad interimperialista es la causa principal de la actual crisis y concretamente del resquebrajamiento del sistema monetario internacional y de los profundos desequilibrios de las balanzas de pagos, otros reparan sobre todo en los cambios en el patrón de relaciones entre las potencias imperialistas y los países atrasados y especialmente los recién liberados, y, o bien piensan que el fenómeno central es el tránsito del colonialismo al neocolonialismo o sea de la dominación política directa a la dominación económica, o bien distinguen entre el viejo y el nuevo imperialismo, o entre dos fases diferentes del neocolonialismo, que fundamentalmente expresarían ciertos cambios en la división internacional del trabajo. Otra variante de este tipo de explicaciones de la crisis es aquella que esencialmente repara en la creciente internacionalización del capital y en las nuevas formas que ésta adopta en los conglomerados transnacionales, cuyo desarrollo cobra particular impulso en los últimos 15 a 20 años.

A diferencia de las teorías propiamente burguesas de la crisis que en conjunto son incapaces de explicar a qué obedece ésta, las opiniones anteriores aluden, en general, a hechos ciertos que, aun siendo importantes, no bastan para explicar adecuadamente un fenómeno como la crisis por la que atraviesa el capitalismo.

Cuando se dice, por ejemplo, que la actual crisis tiene manifestaciones diferentes de las de otras, tanto económicas como políticas e ideológicas, se está, a nuestro juicio, en lo cierto. Pero lo que no queda claro es porqué ocurre tal cosa, cómo se interconectan esos diversos rasgos y qué fenómenos, de mayor profundidad los determinan. Cuando se subraya el creciente desajuste entre la producción y el consumo, ocurre algo similar; comprendiéndose que para que crezca el capital y se reproduzcan las relaciones capitalistas es preciso que la plusvalía y aun el producto total se realicen en el mercado, se dan en cierto modo por supuesta la fase del capital productivo y tiende a repararse sobre todo en las dos restantes del ciclo: capital-mercancías y capital-dinero, atribuyéndose las crecientes dificultades a la valorización del capital a la contradicción entre la producción cada vez mayor y a un consumo que, a consecuen-

cia de la explotación de que son víctimas los trabajadores, queda siempre a la zaga de aquella.⁵⁶ Lo que impide ver la relación de la crisis con el desarrollo del ciclo en su conjunto y la medida y las formas cambiantes en que la contradicción entre la producción y el consumo, sin duda existente, exhiben el comportamiento de la contradicción fundamental en la fase actual del capitalismo monopolista de Estado.

Quienes esencialmente ubican la actual crisis, como crisis de sobreproducción, en el marco más amplio de un ciclo de larga duración cuyo signo es hoy depresivo, tampoco ofrecen un argumento convincente, acaso porque, en vez de descansar en el marxismo-leninismo para explicar la crisis actual del imperialismo, intentan en cierto modo una síntesis ecléctica —más que dialéctica— entre las posiciones clásicas, preleninistas del marxismo y la teoría de las ondas largas de Kondratieff.

La tendencia a explicar la presente crisis como expresión del desgaste de un “modelo de acumulación” o de “desarrollo” determinado no es más satisfactoria. Aparte del hecho de que el alcance y las características del “modelo” que se toma como centro del análisis no coinciden de un autor al siguiente, tal explicación sugiere —a la manera en que lo hacen aquellos que asocian la crisis latinoamericana a los problemas que acompañan el tránsito de una fase a otra más compleja de la industrialización: de la sustitución de importaciones de bienes de consumo a la de bienes de capital— que la crisis es un fenómeno no inherente al modo de producción capitalista y concretamente a la fase que hoy recorre el sistema sino más bien al desplazamiento de un “modelo” por otro. Lo que querría decir que tan pronto se configure el nuevo “modelo”, saldrá el capitalismo de la crisis y tendrá por delante una nueva perspectiva de desarrollo.

El uso del esquema “centro-periferia”, suscita, asimismo, múltiples dudas. Supone al capitalismo un sistema aislado, si no es que único; cae frecuentemente en cierto mecanismo al

56/ Véase, por ejemplo, la explicación que da Sweezy del capital como “un valor auto-expansivo” (“self-expansign value”), en el artículo ya citado sobre “The present global crisis of capitalism. . .”, pp. 9 y 10.

sugerir que lo que ocurre en gran parte del sistema y concretamente en la “periferia” es fruto de lo que sucede en el “centro”; sustituye en buena medida al estudio riguroso de las contradicciones internas del proceso capitalista en su conjunto por una suerte de funcionalismo y, finalmente, limita el análisis fundamentalmente a los aspectos económicos de la crisis, vista sobre todo como crisis de sobreproducción. Conforme a tal concepción —que como hemos visto está presente en algunos documentos del NOEI— es imposible entender la dialéctica del proceso social y de la lucha de clases en los países atrasados, y desde luego la creciente influencia que, especialmente aquellos en que avanza la lucha revolucionaria ejercen hoy sobre las potencias imperialistas y en general sobre el funcionamiento del sistema.

Por otra parte, si bien hay contradicciones interimperialistas que incluso vuelven muy difícil la aplicación de una estrategia trilateral, y sobre todo contradicciones entre las grandes potencias capitalistas y los países subdesarrollados del sistema, ni unas ni otras, por separado, o aun consideradas conjuntamente pueden explicar una crisis como la actual. Y menos pueden hacerlo ciertos cambios en la división internacional del trabajo o el mero hecho de que el capital se internacionalice cada vez más y la forma de organización y funcionamiento de las grandes empresas trasnacionales rompa los marcos previos y acuse modalidades antes desconocidas. Sin dejar de reconocer que la trasnacionalización de la producción y el capital ha llegado a niveles sin precedente, creemos que aun las formas más complejas de organización del capital monopolista, como puede ser el conglomerado, son fundamentalmente eso: formas, métodos, esquemas de integración y funcionamiento que principalmente expresan el alto grado de socialización al que la producción capitalista ha llegado, así como la intensificación de la contradicción fundamental bajo el capitalismo monopolista de Estado, en su fase actual.⁵⁷

57/ *Jean-pierre Delilez considera inclusive que “todo lleva a considerar esta ‘multinacionalización’ como un aspecto del capitalismo monopolista de Estado”. La crise de l’Etat, autores varios, París, 1976, p. 162.*

Tras cada período de ascenso y una breve etapa de auge se produce una crisis capitalista. La actual no difiere, a este respecto, de las anteriores. Lo que tiene de específico se explica porque surge tras una de las más largas etapas de prosperidad conocidas por el sistema, y porque, como ya se señaló, se desenvuelve en un módulo cíclico diferente del tradicional. A principios de los años sesenta, ante el hecho insólito de un crecimiento que sólo se interrumpe brevemente y por varios recesos, llega a pensarse que la tendencia al descenso de la tasa de ganancia ha sido eficazmente contrarrestada.⁵⁸ Y si bien es cierto que nuevos factores en juego detienen su caída, hacia fines de la década se acepta en los más diversos círculos que no solamente está presente dicha tendencia sino que es ya un hecho insoslayable. Lo que no es extraño debido a que el largo proceso de crecimiento y acumulación de capital se sostiene en gran parte en un avance técnico-científico sin precedentes, que a su vez expresa y estimula el rápido aumento de la productividad del trabajo. O en otras palabras: pese al cada vez mayor parasitismo del sistema, al desempleo crónico de capacidad instalada y al fuerte impacto del gasto improductivo, la composición del capital se eleva y las altas tasas de explotación de la fuerza de trabajo no bastan para que el proceso de reproducción se desenvuelva en condiciones estables. Llegado un momento se produce el quiebre en la acumulación de capital y sobre todo en la inversión y la producción privadas, precedido de una dosis de desempleo que ahora está presente en todo el ciclo y por tanto, inclusive en la fase de mayor actividad.

Ahora bien, mientras más larga es ésta y mayor la influencia del capital monopolista mayor es también la presión sobre los precios, los que exceden con mucho no sólo a sus valores sino a los precios de producción. Y cuando el capital monopolista es fundamentalmente capital monopolista de Estado, sobre todo en sistemas monetarios inconvertibles como los actuales, el funcionamiento del mercado se perturba como nunca antes y la inflación se vuelve crónica; y a la complacencia del Estado frente a las prácticas de los grandes consorcios, se agrega el hecho de que siendo ahora imprescindible la participación directa

58/ Véase, por ejemplo, *Monopoly Capital*, de Paul Baran y Paul Sweezy.

e indirecta del Estado en el proceso de acumulación y caracterizándose su política por el estímulo a toda clase de gastos improductivos como condición para mantener altos niveles de demanda, ello se traduce en múltiples formas de dilapidación y desperdicio del excedente, desmedida capacidad de compra en poder de la oligarquía, un crecimiento artificial del capital-dinero y un financiamiento inflacionario, ya que ante la imposibilidad de que el Estado cubra sus crecientes gastos sustrayendo parte de excedente en poder del capital monopolista, vía aumento de los precios y de impuestos indirectos reduce los ingresos reales de los trabajadores y provoca transferencias adicionales de valor de éstos hacia la burguesía y la oligarquía.

La crisis actual del capitalismo sólo puede explicarse en el marco de la teoría marxista-leninista del imperialismo, es decir, comprendiendo no sólo la naturaleza del capital sino su desenvolvimiento y por tanto las contradicciones del sistema en su presente fase. El capital hoy dominante no es el capital industrial de la etapa premonopolista o siquiera el capital financiero del primero período del imperialismo: es capital monopolista de Estado, es decir, capital que corresponde al último "peldaño" del imperialismo, capital en un nivel tan alto y complejo de su desarrollo que, cuando incluso las grandes empresas monopolistas internacionales resultan ya insuficientes para sostener el proceso de acumulación y por tanto la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, el Estado, unido estrechamente a ellas y operando ahora en íntima relación con otros Estados, se convierte en el principal sostén del sistema y sobre todo de la oligarquía financiera.

El capitalismo de nuestros días, tanto en los países industriales más avanzados como incluso en muchos subdesarrollados sólo es posible como capitalismo monopolista de Estado. Sin éste hubiera sido imposible la reconstrucción de Europa Occidental y el crecimiento ocurrido desde la Segunda Guerra hasta los años sesenta; habrían sido imposibles la reorganización del sistema monetario, el impulso dado a la investigación científica y muchos de los avances técnicos de años recientes, los enormes presupuestos militares, el incremento de los gastos y de las inversiones del Estado, el uso del presupuesto como el

principal mecanismo de redistribución del ingreso, la programación económica, la integración regional, el control del mercado de trabajo, la educación y adiestramiento de millones de trabajadores, el mantenimiento de una política anticomunista que sin duda ha sido uno de los mejores negocios del imperialismo, y desde luego la formación de la OTAN y la cruenta y larga guerra de Vietnam.

Pero el capitalismo monopolista de Estado es también el principal responsable de los nuevos rasgos del ciclo, de la crisis y aun de que ésta no sea capaz de restablecer las condiciones más ventajosas para la oligarquía y la gran burguesía. Y no lo es porque el juego de contradicciones que exhibe y a la vez en cuyo marco se desenvuelve el CME, corresponde no a una nueva onda larga de depresión sino al agravamiento de la crisis general del sistema.

CME y Crisis General

La crisis general del capitalismo no es un rasgo propio de éste a lo largo de su desarrollo; no es siquiera un atributo del imperialismo sino, específicamente, del período histórico en que el capitalismo monopolista se convierte en CME y desenvuelve como tal. Uno y otro van siempre unidos. La primera etapa del imperialismo desenlaza en la primera guerra mundial y en la crisis más profunda vivida hasta entonces. Las contradicciones internas del capitalismo se intensifican a tal punto que, en lo que resulta ser el eslabón más débil del sistema, se produce una ruptura revolucionaria que hace posible el nacimiento del primer país socialista. A partir de entonces los problemas del capitalismo se agravarán y su contradicción fundamental no sólo tenderá a expresarse en un mayor antagonismo entre el capital y el trabajo sino, a escala internacional, en un enfrentamiento entre el capitalismo y el socialismo. O sea que la contradicción principal adopta un nuevo y más complejo carácter.

En términos generales, cada nueva etapa de la crisis general corresponde y en cierto modo determina el desarrollo de una nueva fase del CME, y en tanto que aquélla resulta del

agravamiento de las contradicciones capitalistas y del nuevo hecho histórico de que éstas son ahora agudizadas no sólo desde dentro sino desde fuera del sistema, por el socialismo, el CME es la respuesta de la burguesía, el intento de mitigar tales contradicciones y a la postre el factor que no pudiendo atacar sus causas más profundas contribuye también a agravarlas. Lo que se explica porque el CME no es sólo el marco en que hoy se desenvuelve el capitalismo, la categoría que articula al Estado y al capital monopolista cuando éste ha logrado su mayor desarrollo, el sostén de la acumulación capitalista, el estadio que recorre la crisis general y el cada vez más alto nivel de las contradicciones del sistema, sino también el principal obstáculo a un desarrollo racional y el factor fundamental de la crisis.

De una crisis, además, que desde luego no es solamente económica sino también política e ideológica. En efecto, si bien la crisis económica no se convierte automáticamente, sino a través de la lucha de clases y de la capacidad de acción de los trabajadores en una crisis política, es indudable que la tendencia al autoritarismo, la supresión de muchas libertades democráticas, la crisis del parlamentarismo, la proliferación de regímenes fascistas, el militarismo convertido en un rasgo permanente, el control del movimiento obrero y el crecimiento desmedido de las fuerzas policiacas y en general represivas y la intensificación de la lucha de clases en el seno del propio aparato estatal son todos signos de una crisis política.

La crisis ideológica es incluso más profunda. Si bien la burguesía disemina su ideología por todas partes y convierte los medios de comunicación en medios de confusión masiva, sus falsos valores empiezan a no ser vistos como verdades internas; empiezan a cuestionarse y aun a rechazarse abiertamente sobre todo entre los jóvenes, tanto en las universidades como en el movimiento obrero, incluso en las ciudades del imperialismo. Las ideas dominantes se divorcian cada vez más de los hechos, y éstos van haciendo comprender a los trabajadores que las cosas no son como pretenden quienes los explotan. La crisis actual contribuye sin duda a que los pueblos tomen conciencia de la gravedad de los problemas que los aquejan.

Las nuevas formas del CME y la medida, acaso sin precedente, en que concentra la riqueza y el ingreso en poder de unos cuantos, mientras las masas son explotadas dentro y fuera de las fábricas y los establecimientos en que trabajan, agudiza en particular el antagonismo entre la clase obrera y la oligarquía y entre ésta y grandes porciones de la población que, en mayor o menor medida se convierten también en víctimas del capital monopolista. Agrava las contradicciones interimperialistas, y como lo revela el programa del NOEI, las existentes entre las grandes potencias capitalistas y los países subdesarrollados y en vías de desarrollo. Pero lo que sin duda pasa a un primer plano es la contradicción capitalismo-socialismo, que en rigor es una nueva forma histórica de la contradicción capital-trabajo.

En la primera etapa de la crisis general, el capitalismo hace todo lo que está a su alcance para impedir el triunfo de la primera revolución socialista. Más tarde, empeñado en demostrar la "inviabilidad" del socialismo en un solo país, sabotea una y otra vez el proceso soviético. Y cuando, después de vencer enormes dificultades la URSS empieza a planificar su desarrollo mientras el capitalismo se hunde en la crisis de 1929 y en la depresión de los años treinta, las contradicciones del viejo sistema se superan mediante el fascismo, la explotación desenfrenada de los trabajadores y la enorme destrucción de riquezas materiales y seres humanos que entraña la Segunda Guerra Mundial.

La derrota fascista cobra un alto precio al imperialismo. El socialismo no sólo sale triunfante sino que se consolida y extiende. Al triunfo de las democracias populares europeas sigue el de la revolución china. La estrategia de la guerra fría y de "contención del comunismo" no bastan ya para impedir la transformación de la sociedad. Antes al contrario, lo que se resquebraja y debilita es el viejo colonialismo y el imperialismo, mientras avanza el movimiento de liberación y el socialismo se convierte en un nuevo sistema al que rápidamente se agregan nuevas naciones.

La tercera etapa de la crisis general exhibe contradicciones cada vez más profundas del capitalismo. La desintegración del

sistema colonial, el triunfo de la revolución cubana y años más tarde la derrota imperialista en Vietnam, acusan un profundo cambio en la correlación de fuerzas. El capital monopolista de Estado socializa como nunca antes la producción y, tratando de detener la revolución y de no rezagarse frente al socialismo, impulsa el desarrollo tecnológico y científico; pero a fin de no intensificar la contradicción fundamental proyecta esos avances y destina buena parte del potencial productivo hacia la militarización de la economía y toda clase de gastos improductivos, lo que fomenta la inflación y la inestabilidad, sin poder lanzar su fuerza destructiva a la manera en que cuarenta años atrás lo hizo el nazismo. Aunque el peligro de guerra no ha desaparecido y las agresiones al imperialismo siguen al orden del día, el socialismo y en general los pueblos le imponen ahora una coexistencia pacífica que por sí sola agrava sus contradicciones y cierra el paso a la sombría ilusión de resolver los problemas de la crisis con una guerra termonuclear.

Incluso podría hablarse, a partir de los años setenta, de una cuarta etapa de la crisis general del capitalismo, cuyas principales características serían los nuevos rasgos del ciclo económico y en particular de la crisis, así como la incapacidad de ésta para promover grandes inversiones monopolistas, necesarias para abrir una nueva etapa de rápido crecimiento económico. Otros rasgos serían el debilitamiento de la hegemonía norteamericana frente a otras potencias imperialistas, la unificación sobre todo de los países no alineados, frente al imperialismo; el debilitamiento de éste a consecuencia de la crisis, ante los países socialistas que a pesar de todo siguen creciendo con rapidez en los años setenta; el fortalecimiento de la izquierda en Europa Occidental, la creciente internacionalización del capital, del trabajo y de la lucha de clases, y, no obstante el acercamiento de China a las posiciones del imperialismo, la reafirmación de una correlación de fuerzas favorable a la revolución y al socialismo, los que no obstante la nueva ofensiva anticomunista, empiezan a abrirse paso en Indochina y especialmente en Africa, que ahora parece ser el eslabón más débil de la cadena imperialista.

La crisis actual no anuncia la muerte del capitalismo sino

su decadencia y su cada vez más profunda descomposición. Y por ello descubre sus contradicciones más graves y por tanto sus flancos más débiles y vulnerables. Actuar sobre esas contradicciones y atacar esos flancos; entender que el imperialismo no es una mera política exterior lesiva a los países subdesarrollados sino una fase histórica inevitable en el desarrollo del capitalismo; comprender que el capitalismo monopolista de Estado, pese a todos los medios que sin duda tiene a su alcance, no puede resolver los cada vez más complejos problemas sino que incluso contribuye a agravarlos; comprender asimismo que dado el desarrollo del capital y su creciente internacionalización el imperialismo no es sólo un enemigo externo sino también interno, pues el CME supone el eslabonamiento y la unión del capital monopolista nacional y extranjero y de las oligarquías que en él se sustentan, y percatarse, sobre todo, de que la posibilidad de vencer al imperialismo, descansa hoy fundamentalmente en los avances del socialismo, en la nueva correlación de fuerzas y en la capacidad de los pueblos para llevar adelante una transformación revolucionaria, son cuestiones estratégicas que el movimiento antimperialista y los países no alineados que luchan por un nuevo orden económico internacional tendrán, seguramente, presentes.